

C1

«SEÑORA DE...»

HISTORIA DE UNA RELACION EN DOS ACTOS,
EL SEGUNDO EN DOS CUADROS

ORIGINAL DE
SEBASTIAN JUNYENT

Colección LA AVISPA

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

2-ways de JRS
11/16/07
Jum

2512801

MRS
C1

«SEÑORA DE...»

De
SEBASTIAN JUNYENT

Con mi afecto y admiración para
IRENE GUTIERREZ CABA.



COLECCION LA AVISPA

San Mateo, 30. 28004 Madrid

Directora: CHARO SOLANAS

Edita: JULIA GARCIA VERDUGO

Portada: Charo Solana

I. S. B. N.: 84 - 86217 - 20 - 2

Depósito Legal: M. 25125 - 1986

Imprime: Signo Impresores, S. A. Albasanz, 27. 28037 Madrid.

PERSONAJES

ALICIA: Está en esa edad en la que la mujer comienza a llevarse bien consigo misma, después de aceptar que la juventud se acabó. Es elegante, con un carácter muy alegre.

INES: Acaba de entrar en la treintena. No es guapa, tampoco fea. Normalmente suele pasar desapercibida. Es como un ratón... Tímida, soñadora, está acostumbrada a estar sola.

LUIS: Atractivo. Fuerte por fuera y débil por dentro. Tiene media edad, aunque gracias al tenis y al golf, no la representa. De pequeño quería llegar a ser lo que comienza a ser ahora. Desgraciadamente, aún no lo ha conseguido.

CHICO: Un chaval muy joven, está tan poco tiempo en escena que apenas sabemos si es tan simpático como parece.

NOTAS PARA EL DECORADO

Durante los tres actos, la acción se desarrolla en el mismo lugar: un salón de un apartamento de semi-lujo en un edificio de apartamentos de una zona comercial en Madrid.

Debe dar la impresión de que dicho apartamento se utiliza tan sólo para dormir. Sus muebles, sus adornos, deben dar aspecto de piso piloto. Absolutamente impersonal. Su propietaria: Inés, no ha dejado su impronta en ningún lugar de la pieza.

El salón está distribuido de la siguiente forma: Al fondo, está la pared que comunica con el descansillo de la casa. A la derecha de esta pared, vemos la puerta de acceso a la casa. Desde esta puerta y hasta el lateral izquierdo, hay una librería alta con armarios y cajones debajo. Distribuidos por los espacios de la librería, hay botellas y copas, tocadiscos, libros, adornos y un pequeño escritorio con una máquina de escribir y un cacharro con lápices. En un lugar preferente de la librería, vemos un retrato de Luis, en un portaretrato de metal plateado.

En el lateral derecho, cerca de la corbata, una puerta de acceso al dormitorio y cuarto de baño, que se supone está dentro del dormitorio, al lado de esta puerta un mostrador con una ventana que da a la cocina, bajo este mostrador, dos taburetes altos. Por la ventana que da a la cocina y que es de corredera, veremos parte de la cocina. Al final de la ventana, una puerta que da acceso a la cocina.

En el lateral izquierdo, unas cortinas y visillos cubren toda la pared, tras ellos un ventanal que dejará ver un forillo con ventanas al fondo, un trozo de cielo y casas altas de un barrio moderno.

Bajo este ventanal y en primer término, cerca de la corbata, comienza un largo sofá por elementos, que hace ángulo un metro antes de llegar a la librería y continúa hasta el centro de la pieza, terminando con una mesa en la que hay un teléfono con contestador automático y una lámpara de mesa.

Delante del sofá una mesa redonda, grande y baja, en la que hay ceniceros, caja de cigarrillos, revistas y una pecera vacía con agua. A partir del segundo acto, sobre esta mesa, habrá un televisor portátil que no se encenderá.

PRIMERA PARTE

I ACTO

ALICIA Y LUIS

LUIS: «... Ligeró como una libélula, vacío como una pompa de jabón.» S. Zweig.

Alrededor de la mesa y casi en primer término, vemos dos asientos bajos a juego con el sofá.

Sobre el sofá, vemos varios cojines hechos de ganchillo. Algún otro detalle de ganchillo por la habitación, nos mostrará la única habilidad doméstica de Inés.

En el suelo, sobre la moqueta y bajo el sofá, una gran alfombra de colores vivos.

Izquierda y derecha las del actor.

La acción se desarrolla en Madrid, época actual.

El primer acto se desarrolla en el mes de diciembre, el segundo acto se desarrolla en agosto del siguiente año y el tercero en enero del siguiente año. Transcurriendo únicamente catorce meses entre el primero y el último.

(Al levantarse el telón, vemos a LUIS que está sentado en el sofá, en sus manos una guía telefónica de páginas amarillas. Anota un número en ella, presta atención a un ruido, que parece provenir del dormitorio, se levanta, acude allí, abre la puerta y observa desde el umbral, luego, haciendo el menor ruido posible, va cerrando la puerta con sumo cuidado. Vuelve al sofá; toma el número de teléfono y marca un número al aparato.)

LUIS.—(Después de esperar.) ¿Oiga? ¿Servipizza? Por favor, quisiera que me enviaran una pizza... Me da igual, cualquiera... ¿Tardarán mucho?... No... Está bien... Gracias... De acuerdo... Tome nota: tres, treinta y uno, veintisiete, cincuenta y dos. Apartamento ciento dos, en la calle de Orense número diez... Sí, el diez... Espero... (Cuelga y enciende un cigarrillo. Suena el teléfono y lo coge.) ¿Sí? Si la he encargado yo... ¡Muchas gracias!... (Cuelga.)

(Paseo por la habitación. Coloca la guía en un cajón. Luego se asoma por la ventana, mientras sigue fumando. Tras una pausa, suena el timbre de la puerta. Apaga el cigarrillo y va abrir, al hacerlo vemos en la puerta a ALICIA. Es un mujer elegante de mediana edad. En su cara vemos un aire de indignación, muy evidente, sobre todo para LUIS, que un poco abrumado y violento, tras la primera sorpresa, le hace pasar.) (Ella entra decidida. Echa una

rápida mirada a la habitación, tira su bolso sobre el sofá y se encara a LUIS con abierta hostilidad. LUIS se acerca a ella conciliador y trata de tocarle.)

LUIS.—¡Cariño yo...!

ALICIA.—(Al oírle hablar, toda su ira estalla y abofetea a LUIS, que no se defiende.) ¡Cerdo! ¡Cerdo! ¿Cómo te atreves? ¡No me toques! ¡Cerdo! (Al ver que él no se defiende, deja de golpearle y llora de rabia e impotencia, se sienta en el sofá y busca un pañuelo en su bolso. En poco tiempo trata de recomponerse y se va secando las lágrimas. LUIS ha quedado en pie, en el mismo lugar, la mirada baja, en silencio y con los puños apretados. ALICIA, más serena ya, se decide a hablar sin mirarle.) Disculpame... Realmente... yo no quería... No hubiese querido dejarme llevar... He sido una estúpida... Perdóname... (Tras una pausa.) ¿Puedes ofrecerme algo de beber?

LUIS.—Sí... (Va a la librería; busca una botella y vasos.) No puedo ofrecerte otra cosa, ni siquiera hielo... Sólo hace un rato me acordé de conectar el frigorífico...

ALICIA.—Dame un vaso de agua, por favor... ¿Y ella?

LUIS.—(Señala la puerta del dormitorio.) Está durmiendo... Aún está muy amodorrada... Te agradezco que hayas venido... A pesar de todo... Es lo único que se me ocurre decirte en estos momentos...

ALICIA.—No me lo agradezcas... Ya sabes que ten-

go un gran sentido práctico... No podía esperar más tiempo sola en casa. He preferido verte lo antes posible... Lo que siento es haber perdido el control hace un momento...

LUIS.—No te preocupes... Por lo menos te has desahogado... Será más fácil hablar así...

ALICIA.—¿Desahogarme? No, ni muchísimo menos... ¡Qué más quisiera yo!... Ahora me arrepiento de haber venido... O incluso, preferiría seguir pegándote... Cualquiera de las dos cosas... Todo, menos verme sentada aquí... (Pausa.) ¿Y Juan? ¿Va a volver?

LUIS.—Dijo que vendría por la noche, antes de entrar de guardia... Ya le ha hecho un lavado de estómago... De momento, no se puede hacer otra cosa...

ALICIA.—Ya... Ha sido una suerte que pudiera localizar a Juan en el hospital...

LUIS.—Te agradezco que le llamas. Aunque siento que hayas tenido que enterarte de todo así... Yo hubiera preferido explicártelo con más calma...

ALICIA.—(Cortándole.) Tú hubieras preferido no tener que contármelo nunca... Prefiero que haya sucedido así... Es mejor saberlo todo, aunque sea de golpe, que seguir pareciendo una imbécil... ¿Sabes por qué lo ha hecho?

LUIS.—Aún no ha vuelto en sí después del lavado... Por lo visto, según Juan, parece ser que había bebido mucho... Alicia, yo te hubiese hablado de todo esto, te lo aseguro...

ALICIA.—No... No quieras engañarte... Sabes muy

bien que nunca me habrías contado nada... Te conozco demasiado...

LUIS.—Hubiera sido mejor que te quedases en casa... Dije que te llamaría...

ALICIA.—¿Qué querías que hiciese? ¿Sentarme a esperar, mientras tú resolvías tus problemas? Creo que merezco un poco más de atención...

LUIS.—De acuerdo... Pero el hecho de presentarte aquí...

ALICIA.—Ya... Te parece mal que yo venga aquí... Ella puede llamar a casa, montar el número a las tres de la mañana, complicar a todo el mundo en el asunto... Pero a ti te parece mal que yo venga a su casa... Creo que tengo todo el derecho de hacerlo...

LUIS.—Pero ella llamó a la desesperada... No sabía lo que hacer, estoy seguro. En cambio, tú y yo, podríamos hablar en otro momento...

ALICIA.—No, Luis, no... Tengo una paciencia infinita... Pero en un caso como éste, no pretendas que la demuestre... Me parece que se han rebasado de forma suficiente los límites, como para que me digas dónde y cuándo es más conveniente que hablemos... Soy yo la que elige el momento y el lugar, y es ahora y aquí, cuando y donde quiero que me expliques todo de una vez. Tiene que ser ahora... Porque mañana no sé si querré volver a hablar contigo...

LUIS.—Tienes razón, no creo que esté en posición de pedirte nada más...

ALICIA.—¿Qué es lo que ha pasado esta noche?

LUIS.—Lo que ya sabes...

ALICIA.—Yo lo único que sé, es que anoche, tú y yo nos dormimos comentando el programa de televisión y que un par de horas después, suena el teléfono, contestas y te vistes a toda velocidad. Luego me das estas señas y me pides que localice a Juan urgentemente, para que venga a esta casa para ver a tu secretaria, que se ha tomado unas pastillas y que es la que te ha llamado para despedirse de ti... Sin decirme una sola palabra más, subes a tu coche y sales a toda velocidad del chalet, llevándote por delante dos rosales... Yo cumplo el encargo y después de localizar a Juan, me siento a esperar... Tú no me llamas y cuando marco el teléfono de esta casa comunica sin parar durante toda la noche...

LUIS.—Era Juan que llamaba al hospital y luego a una farmacia...

ALICIA.—¡Por fin! A las doce de la mañana, recibo tu llamada... ¡Ocho horas después de irte de casa! ¡Ocho horas en las que por mi cabeza han pasado más de mil cosas! En tu llamada, me dices que Inés está bien ya y que el peligro ha pasado... Que piensas quedarte con ella el resto del día, porque se trata de un problema personal entre ella y tú y que en cuanto puedas, me lo contarás todo...

LUIS.—No juzgué conveniente explicarte nada más por teléfono...

ALICIA.—¡Pero bueno! ¿Cómo te atreves a juzgar lo que es o no es conveniente para mí. ¿Tan

difícil es decirme por teléfono que tienes un lío con tu secretaria? No es muy difícil cuando hay valentía para saber enfrentar los problemas... Pero ese no es tu caso... Es mejor ser prudente... Acobardarse y mientras tanto, retrasar todo lo posible la verdad... Sin importarte lo que podamos sentir los demás...

LUIS.—Creo que es un tema lo suficientemente serio como para querer tratarlo personalmente...

ALICIA.—¿Serio? ¡No me hagas reír! ¿Desde cuándo es serio un lío entre jefe y secretaria?

LUIS.—No se trata sólo de eso... Han pasado cosas...

ALICIA.—¿Qué cosas? ¿Que Inés ha montado el número del suicidio para llamar tu atención? ¿O la mía? ¿Que tú te lo has tragado y has acudido al reclamo aterrorizado de miedo? ¿Esas son las cosas que hacen de esto una situación excepcional? Parece mentira que seas tan ingenuo. ¡Hay que ver lo imbéciles que podéis llegar a ser los hombres!

LUIS.—Nadie ha tratado de montarte un número... Si me llamó, es porque se encontraba mal...

ALICIA.—Se ha tomado un frasco de pastillas ¿No?...

LUIS.—No lo sabemos... El frasco estaba ahí vacío... Pero Juan no sabe cuantas ha tomado... Lo único claro es que había bebido mucho...

ALICIA.—Está bien... No necesito que me des el parte facultativo. ¡Me importa un pito si ha intentado suicidarse o si realmente tenía una castaña de impresión! Lo que sí quiero saber

de una vez por todas, es lo que tienes tú que ver en todo esto. ¡Y qué es lo que tengo que ver yo!...

LUIS.—¡Por favor, trata de calmarte! No sé si podré explicártelo adecuadamente... No he dormido... Estoy nervioso...

ALICIA.—No te preocupes, estamos en igualdad de condiciones. Yo tampoco he dormido y estoy muy nerviosa, pero creo que a pesar de todo podré oír tus explicaciones aunque no sean adecuadas... Comienza cuando quieras: soy toda oídos...

LUIS.—(LUIS se levanta. Comprueba, abriendo la puerta de la habitación que todo sigue en orden y vuelve a cerrarla. Habla desde allí.) Está bien. Inés y yo estamos liados desde hace un año... ¿Es eso lo que querías saber?

ALICIA.—Eso es lo que quería oír de tus labios; desde las dos de la madrugada, no he dudado en ningún momento de que eso fuera así... Pero quería que fueses tú el que me lo confirmase... (Pausa.) ¿Por qué?

LUIS.—¿Por qué? ¿Qué? No te entiendo...

ALICIA.—¿Por qué te has liado con ella? Lo siento, pero me cuesta comprenderlo... Tendrás que explicármelo...

LUIS.—¡Por favor, Alicia! ¡Basta ya! ¿Es que no tienes suficiente con lo que te he dicho? Estamos liados, ella ha debido hacer una tontería anoche y aquí estamos... No creo que necesites saber mucho más...

ALICIA.—Creo que tengo derecho a conocer los de-

talles. Será la única forma de entenderlo... Es un problema de confianza... Yo tenía absoluta confianza en ti... Y ahora... Al saber esto... Necesito saber como has podido llegar a una situación como ésta...

LUSI.—Pues lo siento por ti. Pero yo no tengo ganas de darte más explicaciones por hoy...

ALICIA.—(Con brusquedad.) ¡Pues tendrás que hacerlo! Estoy harta de tener que buscar cuál es tu momento idóneo para poder hablar, para discutir, para pasear... Siempre tengo que supeditarme a tus deseos... Esperar a que tú te encuentres dispuesto. ¡Ahora es cuando tienes la oportunidad de poder contármelo todo! ¡Y no pienso esperar más! ¡Habla!

LUIS.—Veo que buscas desesperadamente la forma de discutir, pero no lo vas a conseguir...

ALICIA.—¡No, claro! Hoy sólo tienes el día para atender llamadas de urgencia...

LUIS.—No tiene ninguna gracia...

ALICIA.—Como comprenderás, no tengo la menor intención de resultar graciosa... Pero no me importa, en absoluto, que te encuentres molesto soportando mis preguntas. Tengo derecho a jorobarte: me lo he ganado, aunque sólo sea por antigüedad...

LUIS.—De acuerdo. Hace cuatro años que Inés entró a trabajar en la empresa... Yo nunca me había fijado en ella como mujer. Apreciaba su trabajo y su eficiencia, pero para mí, no era más que una compañera... Ni guapa, ni fea. No es ese tipo de mujer que suele llamar

la atención de un hombre... Pero hay algo en sus ojos...

ALICIA.—Ahórrate la descripción del modelo... La conozco muy bien... Es una mosquita muerta con cara de niña buena...

LUIS.—¿Sigo? ¿O piensas seguir con tus sarcasmos?

ALICIA.—¡Perdona! No quería interrumpirte, pero puedes ahorrarte los cumplidos hacia ella...

LUIS.—Tú sabes muy bien, que poco a poco, ella se ha ido haciendo imprescindible en mi trabajo...

ALICIA.—Lo que quiero saber, es cómo pasó a ser también imprescindible en tu vida...

LUIS.—Fue hace un año. Cuando estuvimos en el congreso de Dublín... ¿Te acuerdas que pusieron aquellas bombas? Todos los actos quedaron suspendidos durante tres días... Estábamos solos los dos, allí... Lejos de todo... Con tiempo libre y aquella maravillosa ciudad para pasear. Una noche después de cenar juntos, estuvimos mucho rato charlando en su habitación... Terminamos acostándonos juntos... Así de sencillo...

ALICIA.—Tenía ilusión de conocer Dublín contigo, pero no pudo ser: en aquellas fechas operaron a mi madre... Me pasé dos días y dos noches pegada al teléfono, cuando oí lo de las bombas... ¡Y tú!... Estabas tan bien acompañado...

LUIS.—Quizás si hubieses podido venir... Todo hubiera sido diferente... Los dos no nos hubiésemos

podido encontrar tan solos... Ya sabes como son estas cosas...

ALICIA.—(Indignada, se levanta y camina hacia la ventana.) ¡No! ¡Desgraciadamente no tengo la menor idea de cómo son estas cosas...! Quizás, si te hubiese dejado ir solo diez o doce congresos antes, ahora sí sabría cómo son estas cosas... (Pausa.) Yo también me he encontrado muchas veces sola en casa y nunca se me ha ocurrido buscar una compañía para aliviar mi soledad...

LUIS.—Si piensas seguir gritando, será mejor que nos callemos...

ALICIA.—¡Lo siento! Me olvidaba de que estamos de cuidados intensivos...

LUIS.—Comprendo que no te sea nada grato oír ciertas cosas, pero has sido tú la que no ha querido aplazar esta conversación para otro día...

ALICIA.—¿Y crees que porque lo aplace, me dolerá menos oírlo? ¿Qué pasó después de Dublín?

LUIS.—Los dos tratamos de olvidar aquello. No quisimos darle importancia... Inés era la más interesada en olvidarlo... Le costaba hablar contigo... Se sentía muy incómoda...

ALICIA.—¡Muy agradecida!

LUIS.—Los dos preferimos recordar aquello como algo bonito que nos había sucedido y que nunca tendría la menor consecuencia. Tratamos de distanciarnos al máximo y hablábamos lo indispensable... El verano ayudo mucho a que nos distanciáramos...

ALICIA.—¡Claro, estabas conmigo en la playa! Pude conseguir tierra de por medio...

LUIS.—Pero no sirvió de nada... A la vuelta del verano, fue cuando comenzó la crisis en la empresa... A partir de entonces tuvimos que trabajar muy unidos... Ella me ayudó más que nunca... Gracias a su esfuerzo, pude conservar el puesto. Incluso fue idea de ella lo de solicitar la plaza de Barcelona. En ese momento comprendí que la necesitaba, que ella me comprendía. Tú sabes bien las cosas que he ido sacrificando por mi trabajo. Nunca me importó hacerlo. Pero ahora me he dado cuenta de que no soy más que un pelele en manos de la empresa... Inés ha sabido abrirme los ojos... Me ha demostrado que aún no es tarde para tratar de luchar. Todavía puedo conseguir algo... Aún tengo capacidad para crear... En Barcelona podré organizar una nueva delegación... Podré recuperar la confianza en mí mismo... Los últimos años han estado vacíos, no he hecho otra cosa que tratar de mantener mi puesto, mi prestigio. He tratado de mantener nuestra posición, sin darme cuenta de que me estaba destruyendo...

ALICIA.—Yo siempre te dije que deberías luchar, que no debías apoltronarte... Para mí no era importante la posición, ni el dinero...

LUIS.—Lo sé... Pero yo no tenía confianza en mí mismo... Había perdido la ilusión... Tampoco podía embarcarte a ti en una nueva aventura... En Barcelona hubiésemos tenido que co-

menzar de nuevo y yo no podía pedirte eso otra vez... Nuestra posición la hemos conseguido a base de esforzarnos los dos... Creo que ya te has sacrificado bastante por mí...

ALICIA.—Yo siempre te habría apoyado... Siempre lo he hecho y sabes muy bien que me hubiese amoldado a las nuevas circunstancias...

LUIS.—No, tú no hubieras podido comenzar de nuevo... Te he pedido mucho, no tengo derecho a exigirte que abandones todo para seguirme con los ojos cerrados...

ALICIA.—Tampoco tienes derecho a decidir por mí. Debías habérmelo preguntado...

LUIS.—¿Para qué? Las veces que te hablaba de lo de Barcelona, no parecías muy entusiasmada.

ALICIA.—Porque me parecía una cobardía tirar la toalla... No creo que se deba abandonar algo que ha costado tanto sin intentar conservarlo... Se debe luchar por ello...

LUIS.—No cuando no hay ilusión... A veces es mejor abandonar... *(Pausa.)* Tengo que demostrarme a mí mismo que aún tengo la suficiente fuerza como para empezar de nuevo.

ALICIA.—¿Y ella te la da?

LUIS.—Inés cree en mí... Con eso me basta...

ALICIA.—Veo que ya no tengo nada que hacer...

Ella ha sabido ver algo que a mí me ha pasado desapercibido... Yo sabía que tenías problemas, pero pensaba que podías con ellos, que, incluso, te servían de acicate para seguir luchando... Lo siento, no he sabido nada... Yo sólo estaba en casa... Esperando y la infor-

mación que tenía era la que tú querías darme... Ella ha tenido suerte, ha podido compartir tus problemas porque estaba más cerca de ellos... Eso une más... Si al menos me hubieras hablado de ello...

LUIS.—Quise hacerlo varias veces... Pero tú tenías una imagen diferente de mí... Para ti siempre he sido fuerte, omnipotente... Me era muy difícil demostrarte que soy vulnerable... No podía decirte que estaba equivocado, sobre todo después de arrastrarte conmigo en mi equivocación...

ALICIA.—Creo que ya he oído suficiente... He sido una estúpida queriendo minimizar la situación... Tratando de convertirla en una aventura vulgar... Hay muchas más cosas en el fondo que no he sabido ver... Cualquier cosa que yo te pudiera decir ahora, no creo que te sirva de mucho...

(Suena el timbre de la puerta.)

ALICIA.—¿Esperas a alguien?

LUIS.—*(Tratando de recordar.)* ¡Ah, sí! Debe ser la pizza, he pedido una... *(Va hacia la puerta, al abrir, vemos a un chico joven, sonriente, que trae un paquete con una pizza y una factura.)*

CHICO.—¡Buenas tardes! Soy de Servipizza. ¿Ha pedido usted esta pizza?

LUIS.—*(Coge el paquete.)* Sí. He sido yo.

CHICO.—Me firma aquí, por favor...

LUIS.—¿Tienes un bolígrafo?

CHICO.—Lo siento señor, pero lo he dejado abajo en la furgoneta...

LUIS.—Pasa y espera un momento... *(El chico pasa y LUIS va a buscar un bolígrafo.)*

CHICO.—Como no especificó ninguna en especial, le hemos preparado una Caprichosa: es la especialidad de la casa... Espero que les guste... Está recién sacadita del horno... *(LUIS no encuentra ningún bolígrafo. ALICIA ha sacado uno de su bolso y se lo ofrece. Acercándose a la puerta.)* Cómanla enseguida, antes de que se les enfríe... *(LUIS firma la nota.)* ¿Se encuentra usted mal, señor? Casi todos nuestros clientes nos llaman porque están con gripe y les da pereza salir a la calle... Tiene usted cara de haber cogido un buen trancazo...

ALICIA.—*(Al chico.)* El señor no tiene cara de gripe, el señor sólo tiene cara de preocupación... ¿Sabes por qué?

CHICO.—Yo, señora...

LUIS.—¡Alicia!

ALICIA.—Porque el señor no sabe cómo acabar con su mujer...

TUIS.—¡Alicia, por favor! *(Al chico.)* ¿Qué te debo?

CHICO.—¡Eh! ¡Ah, sí! Lo que marcha ahí... *(Por el papel.)* El IVA va incluido.

LUIS.—*(Buscando en sus bolsillos.)* Espera un momento... Creo que no...

ALICIA.—No te asustes, chico... Estamos de broma... Hoy celebramos el día de la libertad...

CHICO.—Pues... Muchas felicidades... Si necesitan una tarta o algo así... Tenemos recién inaugurada la sección de reposte...

LUIS.—No necesitamos nada, muchas gracias...

(A ALICIA.) ¿Quieres callarte de una vez? ¿Puedes dejarme algo de dinero? Debí dejarlo en casa...

ALICIA.—(Ofreciéndole el billetero de su bolso.)

Coge lo que quieras, es todo tuyo. Conseguido a costa de tus esfuerzos y de tu felicidad...

LUIS.—Cállate, por favor...

ALICIA.—No estaría mal lo de la tarta. Es como si ella hubiese vuelto a nacer...

CHICO.—También tenemos velitas y...

LUIS.—(Ha sacado unos billetes y se los ofrece al

CHICO cortándole.) ¡Toma!

CHICO.—Tenga, sobra...

LUIS.—Para ti...

CHICO.—¡Muchas gracias, señor! ¡Disculpen si yo...!

LUIS.—No hay nada que disculpar... Adiós y gracias... (Da un portazo.) ¿Pero es que has perdido el pudor?

ALICIA.—¿Yo? ¡Te aseguro que me sobra para dar y tomar! ¡Me chorrea el pudor! Pero no pretenderás que después de recibir la patada me quede calladita y sonriente. ¿Verdad?

LUIS.—Pero eso no quiere decir que tengas que contarle a los cuatro vientos...

ALICIA.—¿Y por qué no? ¿Por qué siempre tengo que contenerme? ¡Siempre tengo que estar a la altura de las circunstancias! Estoy harta de ser educada, discreta, sensata... ¿Por qué tengo que comportarme siempre de forma distinta a como pienso? ¿Quién me va a impedir que patalee? ¿O que, por una vez en mi vida,

me deje llevar por mis emociones? ¿Tú? ¡No! ¡Haré y diré lo que me venga en gana! ¡Te guste o no te guste! ¡No tengo ya nada que perder! Por lo menos seré yo misma. ¡Dime! ¿Cuánto tiempo pensabas seguir jugando a dos barajas? ¿O esperabas que saliese lo de Barcelona para decírmelo entonces?

LUIS.—Por favor, trata de calmarte. Estás muy excitada...

ALICIA.—¡Pues claro que lo estoy! ¿Cómo quieres que esté? Y no voy a calmarme... Quiero que me contestes, pero esta vez sin adornarme la historia... ¿Hasta cuándo pensabais tomarme el pelo? ¡Contesta!

LUIS.—¡Vas a despertarla, no grites tanto!

ALICIA.—¡Pues que se despierte! ¡A mí que me importa! (Va hacia la puerta del dormitorio y comienza a aporrearla. LUIS trata de impedirse lo.) ¡Ya estoy harta! ¡Que se despierte! ¡Que salga aquí! ¡Quiero que salga! ¡Quiero que ella me lo diga también! ¡Que salga!

LUIS.—¡Contrólate! ¡Está dormida... enferma! (La abofetea.) ¡Vamos, contrólate! (Las bofetadas hacen su efecto y ALICIA rompe a llorar. LUIS la abraza, tratando de consolarla.) ¡Perdóname, por favor...! ¡Vamos! ¡Tienes que calmarte! Lloro, llora todo lo que quieras... ¡Ven! Vamos, nena, llora...

ALICIA.—(Que se ha dejado llevar hasta el sofá. Entre sollozos.) No... me llames nena... No vuelvas a llamarme... nena...

LUIS.—(*Buscando en su bolso.*) ¿Has traído alguna pastilla?

ALICIA.—¡Yo no necesito pastillas! ¡Déjame en paz! ¡Y no me mires más! Enseguida estaré bien... ¡Dios mío! ¡Qué vergüenza! ¡Qué sensación de ridículo...! (*Se vuelve para que LUIS no pueda ver su cara. LUIS busca un vaso de agua y se lo ofrece.*)

LUIS.—¡Toma bebe! Siento mucho todo esto... No deberíamos haber hablado tan pronto... No es la ocasión...

ALICIA.—¿Y cuándo es la ocasión? ¿En qué momento puedes decir?: «A propósito, quería decirte que estoy enamorado de otra...» Siempre es mal momento para decir algo así... Hay que tener valor y decirlo al principio, no dejar que las cosas se precipiten...

LUIS.—Yo no podía pensar que...

ALICIA.—¡Cállate! ¡No me hables más! ¡No quiero hacer más el imbécil y caer en otra escena tan ridícula como la de antes...! Nunca creí que sería capaz de reaccionar como todas las mujeres: gritando, llorando, llena de rabia... Siempre me ha parecido vergonzoso... Ahora me siento avergonzada... Todo está resultando tan vulgar... No creo que tú y yo consigamos tener hoy una conversación normal... Prefiero que lo dejemos así... En cuanto me tranquilice un poco, me iré... Puede que dentro de unos meses, los dos podamos hablar de todo esto, sin convertirlo en una bronca tan desagradable... Si nos seguimos hablando así, los dos

nos haremos demasiado daño y no podremos volver a mirarnos a la cara... (*Pausa.*) ¡Anda! ¡Cómete la pizza!... Tenías hambre... Se te enfriará... No te gusta la comida fría...

LUIS.—(*Asiéndola por los hombros.*) ¿Quieres acompañarme?

ALICIA.—(*Desasiéndose.*) Lo que quiero es que no me toques... (*LUIS la suelta y va hacia la pizza, comienza a desenvolverla.*) (*ALICIA comienza a retocar su maquillaje, le mira.*) Bueno, te acompañaré... Sírveme un poco solo... No he comido nada en todo el día... Además, ya sabes que a mí los disgustos me dan hambre... (*ALICIA sigue retocándose. LUIS busca unos platos, un cuchillo, vasos y servilletas y los va colocando sobre la mesa baja. Luego va a la cocina a por una fuente y regresa con ella y con una botella de vino.*)

LUIS.—¡Andá! ¡Mira! En la cocina he encontrado esta botella de vino... Parece llevar un siglo... ¿Quieres un poco? (*Comienza a descorcharla.*)

ALICIA.—(*Se acerca a la mesa y se sienta en el sofá. Le tiende su copa vacía.*) Bueno...

LUIS.—(*Después de servir el vino, sirve la pizza.*) Toma... Parece que aún está calentita...

(*Los dos comen y beben en silencio, más que nada picotean, no parecen tener mucho apetito. Evitan mirarse a la cara. ALICIA mira hacia la puerta del dormitorio, LUIS no lo advierte.*)

ALICIA.—(*Tras una pausa.*) ¿Estará bien?

LUIS.—¿Qué?

ALICIA.—(*Señalando a la puerta del dormitorio.*)

¡Ella! Con el follón que he armado, no se ha despertado siquiera...

LUIS.—(*Se levanta rápidamente y mira en la habitación, ve que todo está en orden, cierra de nuevo la puerta y vuelve a su sitio y a la pizza.*) Sigue durmiendo... Juan dijo que se pasaría todo el día así: como atontada... Que no debía preocuparme...

ALICIA.—¿Por qué lo habrá hecho? ¿Le has dado motivos?

LUIS.—No creo... Ayer en la oficina estaba bien... Luego iba a una fiesta de una amiga... No sé nada más... Ultimamente la he encontrado algo distante... Pero me parece imposible que haya intentado una cosa así... Es tan equilibrada...

ALICIA.—(*Cortando a LUIS, aunque, evidentemente, le importa un pito el champiñón.*) Este champiñón, a pesar de ser de lata, es riquísimo...

LUIS.—...Sí, está muy bueno...

ALICIA.—¿Qué vas a hacer?

LUIS.—(*Retirando a un lado su plato, casi intacto.*) ¿Cuándo?

ALICIA.—Mañana, dentro de un rato... ¿Qué piensas hacer de todo esto? Nosotros, ella... (*Deja su plato casi intacto, también.*)

LUIS.—(*Pausa larga.*) Esperar... Tengo que hablar con ella... Necesito que me explique por qué ha hecho algo así... Luego... Luego no lo sé... Tengo que ordenar mis ideas... ¿Y tú? ¿Qué piensas hacer tú?

ALICIA.—Esperar también... Mientras, trataré de

digerir todo esto... ¡Ojalá, fuese tan fácil de tragar como esta pizza! Pero por encima de lo que yo pretenda hacer, estará la decisión que tú tomes... Siempre he vivido supeditada a tus necesidades... Hasta para separarme de ti, necesito esperar a que te decidas... ¡Nunca cambiaré!

LUIS.—Pero no debe ser así... Tienes que decidir libremente.

ALICIA.—No, si esta vez no me importa: es más cómodo estar a tus expensas... Prefiero que seas tú quien me diga lo que tengo que hacer... No quiero esa responsabilidad... Es más fácil así. Tú decidirás lo que sea más conveniente para los dos, estoy segura... A veces, es tan agradable dejarse llevar... (*Pausa.*) ¡Además! Así todo es más difícil para ti! ¡Y me gusta! Sería muy relajante para ti que fuera yo la que te pidiese el divorcio, ¿verdad?

LUIS.—Sí... La verdad es que sí...

ALICIA.—Gracias por tu sinceridad. (*Pausa.*) ¿Preferirías seguir con ella?

LUIS.—...Yo...

ALICIA.—Dilo, no te importe, conozco la respuesta, pero prefiero oírlo...

LUIS.—Creo que ella me necesita... En estos momentos, me necesita más que tú... Tú eres más fuerte...

ALICIA.—¿Estás seguro? Yo lo único que no hago, es hincharme de barbitúricos... Pero no creo que eso signifique ser más fuerte... ¿Y tú? ¿La necesitas a ella?

LUIS.—No lo sé... Creo que sí... Pero también te quiero a ti...

ALICIA.—¡Magnífico! ¡Si quieres la instalamos en el cuarto de invitados de casa...!

LUIS.—No lo entiendes... Tú y yo llevamos mucho tiempo juntos... Lo nuestro...

ALICIA.—(Cortándole.) ...Lo nuestro se ha convertido en algo rutinario, soy algo más en tu vida... Y me quieres, lo sé... Pero no lleno esos rincones que parecen ser tan necesarios para tu supervivencia... Conmigo te ahogabas y has encontrado una tabla de salvación, que además sabe mecanografía y taquigrafía... Con lo útil que puede llegar a ser eso... Total, que ni siquiera hay muchas dudas a la hora de elegir... Debes quedarte con ella... Estoy segura de que sales ganando... Ya ves, yo misma te ayudo a elegir... Además, entre tú y yo, será muy difícil que todo vuelva a ser como antes... Yo no podría olvidar esto... O no querría olvidarlo. Soy muy rencorosa... Se han roto demasiadas cosas... Así que... Eres libre... Haz lo que quieras ...

LUIS.—Pero esto es injusto para ti...

ALICIA.—Y lo contrario sería injusto para ti... O para ella... Y para mí sería bochornoso... Me ganáis por mayoría... Está claro que la partida la he perdido yo... Prefiero abandonar... Es más honroso... Además, el trofeo ya no tiene interés para mí... ¿Me das un whisky?

LUIS.—(Va al mueble bar y le sirve una copa. De

espaldas a ella.) ¿Y qué harás? Yo no quiero que sufras.

ALICIA.—Eso no lo puedes impedir... Pero no te preocupes, siempre hay compensaciones: Ya no tendré que aguantar esas interminables y aburridísimas conversaciones de negocios... Ni tendré que madrugar más para poder prepararte el desayuno... No iré a más congresos... Tendré que acostumbrarme a pasar sola las pocas horas que compartía contigo... Quizás salga ganando, quizás salga perdiendo... No lo sé... Sólo sé que me costará mucho acostumbrarme, llevo más de veinte años siendo la señora de Parra... Y te aseguro que ser señora de alguien es algo que marca mucho... No puedo saber como me encontraré cuando sea señora únicamente... Pero no me queda más remedio que intentarlo...

LUIS.—Por favor, Alicia... Dame algo más de tiempo... Puede que todo se arregle...

ALICIA.—No te esfuerces... Ni me compadezcas, Luis. No me voy a morir por esto... No soy la primera esposa abandonada... Ya saldré adelante... Todo es cuestión de tiempo... Y el tiempo hace mucho que pasa rápidamente... (Pausa larga. Apura su vaso, lo deja sobre la mesa y se levanta.) Me voy. No me gusta el whisky sin hielo. Me espera mi gran casa vacía, con mi gran nevera americana, siempre fiel, que me llena los vasos de cubitos... (Volviéndose hacia LUIS.) Una mujer de su casa, parece menos abandonada, si tiene una buena

nevera que llenar de provisiones... Aunque no sepa quién se las comerá...

LUIS.—Por favor, espera un poco... No quiero que te vayas así... O vete en un taxi... No debes conducir así...

ALICIA.—(Mirándole friamente y con sarcasmo.) ¿Tienes miedo de que tenga un accidente? ¡No te preocupes, hombre! ¡Eso sólo pasa en las películas... Yo no salgo a una solitaria carretera, llena de curvas, a través de la noche lluviosa... ¡Tranquilo! Yo tengo que atravesar todo el centro de Madrid y a las dos de la tarde... Es muy difícil que pueda estrellarme... Todo lo más: algún raspón. Adiós... (Al llegar a la puerta, se vuelve a él.) ¿Piensas pasar la noche aquí? (LUIS se ha sentado. No responde.) ¿Me llamarás?

LUIS.—¡No sé! ¡No sé lo que voy a hacer! (Pausa.) No quiero que esto acabe así... ¡Me doy asco, Alicia! Sé que soy un cochino egoísta... Que tú no te mereces esto y te veo marchar y sólo siento pena... Pero sé que no debe ser así... Y soy incapaz de hacer nada... Incapaz de acabar contigo... Incapaz de cortar con ella... Yo sólo quisiera que nada de esto hubiese pasado... Poder volver a casa contigo, tranquilo... Sin recordar nada de lo que ha pasado hoy... Pero no puedo... O no quiero... Todo debería ser más sencillo... ¡No sé qué hacer! ¡Dímelo tú! ¡Siempre has sabido aconsejarme! (Mete su cabeza entre las manos; apoyando los codos en las rodillas. Se le ve muy cansado. Por

fin ha soltado toda la tensión acumulada. En un balbuceo.) ...No... No te vayas, por favor... ALICIA.—(No sabe cómo reaccionar, aunque su deseo es irse, se para un rato, luego se acerca a él. Deja el bolso en la mesa y alarga las manos hasta su cabeza como si fuera a revolverle el pelo o a acariciarle, pero se detiene. Se arrepiente de su gesto. Va hasta el mueble bar y llena dos vasos con whisky. Pone uno de ellos en la mano de LUIS, que no levanta la cabeza. Luego se sienta y enciende un cigarrillo, mira detenidamente a LUIS, que evita su mirada, le observa durante un rato, mientras él bebe en silencio. Da un trago largo a su vaso, como tomando fuerzas.) Sé que no hago bien quedándome y que mañana estaré arrepentida. Estaré un rato más. Yo tampoco puedo irme y dejar las cosas así... Tú y yo siempre hemos sabido terminar nuestras discusiones... Nos costaba tanto discutir a los dos, que las pocas veces que lo hacíamos, procurábamos que nos quedara bien... Por lo menos, después de recorrer tanto juntos, tratemos de despedirnos bien... ¿Quieres un cigarrillo?

LUIS.—No si lo...

ALICIA.—...Lo habías dejado ayer... La vieja historia... Nunca lo dejarás... (Le ofrece.)

LUIS.—(Cogiendo uno.) ...No, nunca... Soy muy débil... Demasiado... (Pausa.) A pesar de todo, tú y yo hemos sido felices... ¿No crees?

ALICIA.—Sí. Aunque haya pasado esto, sería injusta si te dijese que no he sido feliz a tu lado...

¡Quién sabe! ¡Puede que sea mejor que nos separemos ahora! Quizás nos privemos de una triste y aburrida vejez compartida... Lo único que siento, es no haber tenido hijos... Nunca me preocupé por ellos... Ni siquiera cuando, a pesar de ir a buscarlos, nunca venían... Ahora sí lamento no tenerlos... Me hará sentirme mucho más sola...

LUIS.—Te has pasado media vida a mi lado y otra media sola...

ALICIA.—¿A tu lado? Vivir a tu lado es estar sola casi siempre... Hay que compartirtè con tus pensamientos, con tu oficina, con tus viajes... He pasado la vida entera con tu cuerpo a mi lado, pero casi nunca he tenido tus pensamientos... Y a veces, entre tu cuerpo y el mío: dolores de cabeza, tu úlcera, tu tensión, invitados, delegados, teléfonos, japoneses... ¡La de japoneses que hemos llevado tú y yo a conocer El Escorial en veinte años...! (Pausa.) Quizás después de la sorpresa, podré asimilar más fácilmente esta situación; a fin de cuentas, llevo años compartiéndote con todo...

LUIS.—...Hemos ido dejando de hablar... Yo iba callando por comodidad... ¿Para qué repetir en casa todos los problemas del trabajo? Era mejor callarme... Ver la televisión... Oír tus charlas sobre la rutina de la casa, sobre tus compras... Todas aquellas cosas que para ti eran tan importantes, pero que a mí me resultaban triviales... Tú tampoco me preguntabas nada... Y hasta dejaste de hablarme de tus pro-

blemas domésticos... Nos hemos ido callando tantas cosas los dos...

ALICIA.—Debiste contarme todo, te habría escuchado... Siempre lo he hecho...

LUIS.—Tú siempre has escuchado al hombre seguro, al marido que triunfaba... Estabas orgullosa de mí... De mi trabajo... Satisfecha con la posición que habíamos conseguido... Que habíamos conseguido entre los dos, porque tú te has sacrificado tanto o más que yo... ¿Cómo decirte que estaba equivocado? Que mi vida era un completo fracaso... Nos ha costado mucho llegar a ningún sitio... Y te das cuenta cuando crees haber llegado a la cima... Entonces, no tienes más remedio que mirar hacia atrás y es cuando te das cuenta de que no te gusta lo que has ido dejando debajo... Arriba te sientes solo y con miedo de caer... De que cualquier paso en falso, te haga caer... (Pausa.) Soy un mierda, Alicia... He necesitado mucho tiempo para darme cuenta de que soy un mierda... No me gusto, ni me gusta mi trabajo, ni me gusta lo que he hecho de nuestro matrimonio... Yo no quería que nada fuese así... Pero tú estabas ahí y parecías satisfecha... Dabas la sensación de que habías logrado lo que querías... Y yo no tenía valor para decirte que todo estaba mal... Que era mentira... Cuesta mucho reconocer que uno es un mierda, pero es más difícil reconocerlo ante la única persona que te quiere... Por eso callaba... No tenía argumentos...

ALICIA.—¿Y ella? ¿Se lo has podido decir a ella?

LUIS.—Sí... Lleva demasiado tiempo a mi lado, en el trabajo, como para poder engañarla... Ella sabe lo que me está costando mantener mi puesto... Por eso me animó, para ir a Barcelona... Allí podré volver a recontrarme de nuevo... Delante de ella no es necesario fingir una fortaleza que ya no tengo... Ella no necesita mi seguridad...

ALICIA.—Siento que pienses que sólo necesito tu seguridad... Quizás con los años no he sabido demostrarte otra cosa... Me has ido dejando en la cuneta, Luis... Yo no me he dado cuenta de cuando me apeabas y ya es muy tarde para intentar subirme... La plaza ya está ocupada... *(Se levanta y camina hacia la barra que comunica con la cocina, donde deja el vaso en que bebía, se apoya en ella y desde allí contempla el resto de la habitación.)* Es muy triste este apartamento, no parece que se viva en él... Es tan impersonal...

LUIS.—A Inés no le atrae mucho la decoración, ni las cosas del hogar... Aquí sólo viene a dormir... Su vida la hace entre la oficina y el bar de abajo...

ALICIA.—Estoy segura de que cuando llegue a casa esta tarde, tampoco me gustará... Las casas son para compartirlas. Y la nuestra hoy me parecerá más grande y vacía que nunca... ¿Te acuerdas del día que nos mudamos a ella?

LUIS.—Tú ibas recorriendo las habitaciones, medías todo: los muros, las ventanas, los suelos...

ALICIA.—Y tú me fuiste presentando a todos los rincones de la casa: «Rincones, temblad, la señora de Yáñez viene a perturbar vuestra paz...» Y ya lo creo que la perturbé: tiré tabiques, abrí ventanas, cambié mil veces los muebles de lugar... Nos quedó preciosa, ¿verdad? Siempre soñé con tener mi propia casa y mi jardín... Tú me los diste... Aunque has tenido que pagar un precio muy alto...

LUIS.—Lo único que no lamento, se te ve tan feliz en ella... Siempre inventando nuevas reformas... Con tu huerto...

ALICIA.—Bien que usas mis tomates para preparar tus ensaladas... Las echaré de menos...

LUIS.—*(Se levanta y toma su barbilla con la mano; mirándole a los ojos.)* Y yo te voy a echar de menos a ti... Ni es el momento, ni el lugar, pero quiero que sepas que a pesar de todo siempre te querré mucho, porque eres maravillosa y yo no he hecho más que complicar tu vida desde el día que te conocí en la facultad...

ALICIA.—*(Cogiéndole las manos y estrechándose las.)* Pues si soy maravillosa... No me dejes, por favor... Yo no quiero perderte... Fíjate bien en lo que estoy haciendo: te estoy suplicando... ¡No me dejes, Luis! No hagas caso de nada de lo que te dije antes... Es puro despecho... Yo necesito que sigas a mi lado... Eres la única razón de mi vida... ¿Qué puedo hacer yo, sino esperar tu llegada de la oficina? Necesito guisar para ti... Esperar con

ilusión las vacaciones o los pocos viernes que me dedicas... Por favor, no me dejes... Habla con ella... Es joven... Aún puede encontrar otro hombre... Yo sé que ella te da seguridad... Pero yo puedo intentarlo... Antes lo conseguía... ¡De verdad! ¡No me importa dejar la casa! ¡Nos iremos a Barcelona! Lo que sea con tal de estar a tu lado... No puedo perderte... Eres lo único que tengo en este mundo... Te prometo que nunca más hablaremos de este día... Lo único que has hecho ha sido dejarte llevar... Estabas solo y preocupado y yo no he sabido darme cuenta... Pero nunca más volverá a pasar, te lo aseguro... Por favor... No dejes que me vaya de aquí así... No quiero perderte... Pero tampoco quiero obligarte... Sólo te pido que lo pienses un poco más... Que tengas la seguridad absoluta de que quieres seguir con ella... Aunque tengas que tomarte más tiempo... O pasar toda la noche a su lado... Incluso debes pensarlo en varios días... Lo que quieras, con tal de no perderte...

LUIS.—(*La atrae hacia él y la abraza, permanecen un rato en silencio.*) Perdóname... No he debido dejarte hablar... Te he hecho tanto daño hoy... Vete a casa, te aseguro que volveré... Sólo necesito hablar con ella... Y si estás dispuesta a seguir conmigo, volveré... Yo también te necesito... Tienes razón... Tú y yo hemos pasado muchas cosas juntos... Creo que con un poco de fuerza de voluntad por parte

de los dos, podremos salir adelante... Inés lo comprenderá... Ella es maravillosa, seguro que lo comprenderá... Tú y yo comenzaremos de nuevo... Aquí, en Barcelona... Donde sea... Es cuestión de fuerza de voluntad... Vamos, no llores más, se te hincharán los ojos... (*Saca un pañuelo y se los seca.*)

ALICIA.—Gracias... Perdona... Ya sé que no te gustan las lágrimas... Pero estoy tan asustada... Creí que sería más fuerte... No lo soy... Yo sola soy incapaz de hacer nada... Me da miedo sentir que todo se derrumba a mi alrededor... ¡Prométeme que no me dejarás!

LUIS.—(*Abrazándola fuerte.*) Te lo prometo... Nunca te dejaré... Siempre estaremos juntos...

ALICIA.—...He tenido tanto miedo... Gracias... Gracias... (*Separándose y comiéndose las lágrimas.*) Creo que los dos necesitamos un café... Tú nunca lo perdonas después de las comidas... ¿Hay café?

LUIS.—No creo... Inés casi nunca come aquí...

ALICIA.—Miraré por la cocina, quizás encuentre algo... (*Deja su bolso y va a la cocina, donde busca por los armarios. LUIS, mientras tanto, abre la puerta del dormitorio con sigilo y mira que todo esté en orden. Cierra la puerta y se sienta en el sofá. Enciende un cigarrillo.*)

ALICIA.—(*Exhibiendo un paquete de café.*) ¡Lo he encontrado! Ahora sólo necesito un cazo.

LUIS.—Debajo de la cocina hay un armario con cacharos...

ALICIA.—Ya los veo. Vete buscando unas tazas, aquí no hay.

LUIS.—(Se levanta y saca tazas, platos y cucharillas del mueble.) ¡Están aquí!

ALICIA.—¡Enseguida está!

(Suena el timbre del teléfono.)

LUIS.—(Lo coge sin pausa. ALICIA sale rápida de la cocina y escucha la conversación.) ¿Dígame? ¡Hola, Juan! (ALICIA vuelve a la cocina.) Sí. Acabo de verla... Sí. Sigue durmiendo... Bien... ¿Cuándo? Bueno, pero si tienes algo que hacer... Yo creo que tiene mejor cara... De acuerdo... No... Sí... Está aquí... Conmigo... Sí, hombre... Claro... ¿Qué?... No... Que no pasa nada... De verdad... Ya hablaremos... ¡Que no!... Te lo diría... Ya está todo bien... Sí... Gracias... De acuerdo... ¡Adiós! (Cuelga.)

ALICIA.—(Regresa de la cocina con un cazo humeante y un colador. Sirve en las tazas.) Era Juan, ¿verdad?

LUIS.—Sí. Llamaba para preguntar por Inés...

ALICIA.—Sigue durmiendo?

LUIS.—Sí... Dice Juan que volverá luego, a la noche... ¡Esto está ardiendo! (Por la taza.)

ALICIA.—Y además, está muy fuerte. No he encontrado torrefacto por ninguna parte... (Pausa.) ¿Qué te ha dicho cuando se ha enterado que estoy aquí?

LUIS.—No se lo creía... Quiere hablar contigo... Servir de componedor...

ALICIA.—¡Pobre Juan! El que es tan metódico...

Tan serio... Todo esto le tendrá aterrorizado... ¿Sabía algo de antes?

LUIS.—No. Se ha enterado de todo esta madrugada... No sabes la de cosas que me ha dicho... Te quiere mucho...

ALICIA.—Nos quiere mucho... Se ha pasado media vida soportándonos... Somos su única familia... Sin serlo, que tiene más mérito...

LUIS.—En la próxima partida de ajedrez, le dejaré ganar...

ALICIA.—Se dará cuenta... No te ha ganado una partida en su vida... Creo que satisface su masoquismo jugando contigo...

LUIS.—(Riéndose.) ¿Te acuerdas cuando le buscamos aquella chica...? ¿Cómo se llamaba...?

ALICIA.—(Riéndose también.) ¡Elisa! ¡No te rías! La pobre... ¡No veía tres montados en un burro...!

LUIS.—...Y él colorado como un tomate... Sin atreverse a decirle nada... La culpable fuiste tú...

ALICIA.—...Yo escribí la carta, pero la idea de contestar al anuncio del consultorio fue tuya...

LUIS.—Yo creo que aún no nos lo ha perdonado... Nos pasamos...

ALICIA.—En el fondo, se divirtió tanto como nosotros... Lo peor fue cuando le dejamos solo con ella... ¿Te acuerdas? ¡La cara que puso!

LUIS.—Parecía Santa Gema Galganni!... (Ríen los dos abiertamente.)

ALICIA.—(Al reír ha cogido un cojín para amortiguar el sonido de la carcajada. Luego observa el cojín en sus manos.) ...Es un trabajo muy

bonito... ¿Lo ha hecho ella? Hay muchas labores de ganchillo por aquí...

LUIS.—Sí. Las hace ella... Dice que le relaja... Igual que te pasa a ti...

ALICIA.—Sé lo difícil que será para ti hablar con Inés, pero debes hacerlo cuanto antes... Cuando se encuentre un poco mejor, debes decirle que todo se ha acabado... No dejes que siga ilusionada...

LUIS.—Nunca lo ha estado... Sabe bien lo unido que estoy a ti... No le sorprenderá... Pienso decírselo enseguida...

ALICIA.—¿No te arrepentirás?

LUIS.—No... Ya no...

ALICIA.—Debo irme a casa... Tengo una facha horrible... No he dormido nada...

LUIS.—Pues no creo que este café contribuya mucho a que puedas dormir ahora...

ALICIA.—Me daré un largo baño, que me relaje... *(En ese momento, aparece por la puerta del dormitorio INES: Lleva puesto un camisón largo y va descalza. Por su forma de hablar y sus traspies, vemos que no está muy bien. Se conduce como si estuviese muy mareada y débil. Al entrar da un gran traspies, que le hace caer al suelo. LUIS va corriendo hacia ella. Le ayuda. ALICIA queda de pie, en un segundo plano, visiblemente nerviosa y cortada al verla.)*

INES.—¡Luis! ¡Luis!

LUIS.—¿Por qué no me has llamado? No debías

haberte levantado de la cama... *(La toma en brazos y la lleva al sofá.)*

INES.—*(Al ver a ALICIA. Muy avergonzada.)* ¡Usted!... Luis... Ella... Ella sabe...

ALICIA.—*(Acomodándole un cojín.)* Sí... Lo sé todo... Apóyate aquí...

2fl(:.—¡Tranquila...! ¡Ya hemos hablado Alicia y yo...!

INES.—Pero... ¿Qué ha pasado? ¿Por qué estáis aquí...? Estoy muy mareada... ¿Por qué ha venido ella...?

LUIS.—¡Vamos, cálmate! No sabemos lo que ha pasado... Te has puesto mala... ¿No te acuerdas? Me llamaste de madrugada a casa... Has estado muy mal... *(Ella intenta hablar, pero él tapa su boca.)* ¡Pero ya estás bien! Te ha visto el médico y no tienes que preocuparte...

INES.—*(Se levanta rápida, parece querer refugiarse en su habitación.)* ...Entonces... Si estoy bien... Iros... No quiero ver a nadie... No quiero verla... Por favor, dejadme... *(Da un paso atrás y cae desmayada. LUIS y ALICIA se acercan a levantarla y LUIS trata de reanimarla.)*
2fl(:.—¡No reacciona! ¡Voy por el amoníaco! *(Deja a ALICIA sujetando el cuerpo de INES. Mientras entra en el dormitorio a buscar el amoníaco.)*

ALICIA.—*(Se queda unos segundos sin reaccionar. Finalmente decide dar un par de bofetadas a INES, que reacciona enseguida.)* *(Hacia el dormitorio.)* ¡Ya vuelve en sí! ¡Ven! ¡He tenido que pegarle!

LUIS.—*(Vuelve con una botella que le pone ante*

la nariz a INES.) ¡Inés! ¡Vamos! ¡Reacciona!

ALICIA.—¡Vas a asfixiarla!

INES.—(Abriendo los ojos.) ...Ya... Ya estoy bien... Quiero sentarme... (LUIS la acomoda en el sofá. Se sienta al lado de ella. ALICIA recoge las tazas y los vasos y se los lleva a la cocina.) ...Apenas si siento los pies... Y los dedos de las manos... ¿Por qué?

LUIS.—¡Es normal! Has tomado muchas pastillas para dormir...

INES.—No... yo no he tomado nada... Bueno... Tomé una... como siempre...

LUIS.—¿Sólo una? No te acuerdas, pero has tomado muchas pastillas... ¿Por qué lo has hecho...?

INES.—No... Yo sólo he tomado una pastilla... Fue cuando volví de la fiesta... Sólo una... Ahora recuerdo... Al rato de tomarla... Me encontré muy mal... Te llamé...

LUIS.—Sí. Me llamaste y cuando llegué aquí, estabas inconsciente... (Le muestra un frasco vacío.) Encontré este frasco vacío y llamé al médico...

INES.—...Yo no he tomado nada de ese frasco... ¡Bueno, sí...! Me tomé la última pastilla que quedaba... Lo dejé a la vista para acordarme de que tenía que comprar otro frasco... Lo compré ayer... Tiene que estar en mi bolso... Pero en este frasco sólo había una pastilla... La que tomé... ¡De verdad!

LUIS.—¡Espera! Voy a mirar en tu bolso... (ALICIA se le adelanta.)

ALICIA.—¡Quédate con ella! ¡Yo lo buscaré!... (Sale.)

INES.—(Bajo a LUIS.) ¿Por qué ha venido? No debiste dejar que...

LUIS.—Cuando llamaste a casa, me asusté... Ella estaba a mi lado... No tenía más remedio que contárselo...

ALICIA.—(Entrando. Trae un bolso y un frasco en la mano.) ¡Aquí está! Lo encontré en el bolso... Es un frasco como ése y está lleno... (Se lo ofrece a LUIS.)

LUIS.—¡A ver!

INES.—¡Lo ves! Sólo tomé una pastilla... Debió sentarme mal el alcohol... En la fiesta bebí mucho... Mezclé... ¿Qué ha dicho el médico?

LUIS.—Te ha visto Juan... Mi amigo... Dijo que mañana ya estarías bien... No debes preocuparte... Te ha hecho un lavado de estómago...

INES.—¿No ha dicho nada más...?

LUIS.—No. Solamente que debes descansar... Ahora estás débil... Mañana estarás bien... ¡Anda! Te acompañaré a la cama... No debes estar aquí... Tienes que dormir...

INES.—No... No quiero acostarme... Déjame estar aquí... ¡Marchaos, por favor...!

ALICIA.—...Yo soy la que tengo que marcharme... Comprendo que no te apetezca verme...

INES.—Perdone, pero es que... yo...

ALICIA.—(Cogiendo su bolso.) No tienes que explicarme nada... Mejor será que habléis entre vosotros... Aquí no pinto nada.

INES.—¡Por favor! ¡Espere! Yo quisiera decirle

que siento... Luis sabe lo que pienso de todo esto... Perdona si he llamado esta noche... No sabía lo que hacía...

ALICIA.—...Eso espero... Pero no tienes que darme más explicaciones... No tienes que decirme nada... De verdad... *(Va a salir.)*

INES.—¡Por favor! ¡Escúcheme...! Luis no debe estar aquí... Ha sido un accidente... Yo no quiero que ustedes dos... Si no estuviese tan mareada... No encuentro las palabras... Y tengo que decirlo ahora... Ya que estamos todos aquí... No quiero que Luis sea desgraciado... El hecho de... el hecho de que usted... haya venido aquí hoy... Eso demuestra que... *(Parece que se marea de nuevo.)*

LUIS.—¡Vamos! Te acostaré... ¡No debes hablar más!

INES.—¿Por qué estoy tan mal...? ¿Seguro que no me pasa nada más...? ¿Qué es lo que tengo...?

LUIS.—Nada más... ¡De verdad! ¿Te encuentras muy mal? ¿Quieres que llame al médico?

INES.—Sí. Llámale, por favor... Estoy muy asustada... No sé si me... ¡Tengo sed...! *(ALICIA va a buscar agua.)*

LUIS.—Juan ha dicho que no hay peligro... No debes asustarte...

INES.—...Sí... Estoy asustada... Tú... Tú no sabes... *(Bebe el agua que le ofrece ALICIA.)* Llama al médico, por favor... Cuando hable con él... Te contaré...

ALICIA.—¿Llamo?

LUIS.—No te entiendo... ¿Qué es lo que te pasa?

INES.—...Es que... Tengo miedo... Creo que... *(Se pone a llorar.)*

LUIS.—*(Le abraza. ALICIA al verlo se distancia algo de ellos, quedando cerca de la puerta de la calle.)* No tienes que tener miedo... Estoy aquí contigo... ¿A qué temes?

INES.—¡No! ¡No quiero decirte nada! *(Histérica.)* ¡Quiero hablar con el médico! ¡Tengo que hablar con el médico!

LUIS.—¡Cálmate! ¿Se puede saber qué es lo que pasa?

INES.—¡Por favor, llama al médico!... Me encuentro muy mal... ¡Es que estoy embarazada...!

LUIS.—¿Qué? ¿Qué dices?

INES.—...Me encuentro muy mal... No te hubiese dicho nada... Estoy embarazada de dos meses... Y me siento fatal... ¿Quieres llamar al médico de una vez?

(ALICIA al oírlo se ha quedado perpleja. Luego ha intentado sentarse, pero antes de hacerlo ha reunido las suficientes fuerzas para salir de la casa en silencio. INES y LUIS no perciben su marcha.)

LUIS.—¡Enseguida le llamo! Pero... ¿por qué no me has dicho nada...? ¡Alicia! ¡Alicia! ¡Alicia...! *(Se da cuenta de que ALICIA se ha marchado, por un momento se queda como perdido, la voz de INES le saca de su ensimismamiento.)*

INES.—¡Luis! ¡Luis! ¡Estoy muy mal! ¡Llama al médico...! *(LUIS rápido va al teléfono, comienza a marcar un número, mientras INES llora sin parar, cae el...)*

TELON

SEGUNDA PARTE

PRIMER CUADRO DEL SEGUNDO ACTO

ALICIA, LUIS, INES

ALICIA: «Perderlo todo, es ganarlo todo, porque no se posee eternamente más que lo que se ha perdido...»

E. Ibsen.

(Al levantarse el telón, vemos la misma decoración. Han pasado siete meses. Es verano. La ventana está cerrada, bajo ella vemos un aparato de aire acondicionado, que emite un ruido espantoso. Cerca de la puerta, habrá un neceser y un maletín, apenas visibles, pues sobre ellos hay unos palos de golf y unas raquetas de tenis. Sobre la mesa un costero de viaje abierto. Preside la habitación un televisor portátil; que está conectado, pero sin sintonía. En la barra de la cocina se amontonan los cacharros. Sobre el sofá: una chaqueta, unos pantalones y una camisa de hombre, cerca de estas prendas, en el suelo, una corbata,

unos zapatos y unos calcetines. Sobre la mesa, sigue habiendo la presencia de la pecera vacía, además de un plato con resto de comida y un vaso. Todo el apartamento dará aspecto de desorden, lo que le hace parecer más habitado que en el cuadro anterior. El teléfono suena insistentemente durante un rato, se abre la puerta del dormitorio y aparece LUIS. Lleva encima un albornoz juvenil, los pies descalzos. Por su pelo mojado y su cara de fastidio, comprendemos que la llamada le ha hecho salir de la ducha. Toma el auricular con violencia y contesta igual.)

LUIS.—¡Sí! Sí... ¿Tan difícil es para usted dejarme tomar una ducha tranquilo...? ¡No es mucho lo que le pido!... ¡Le dije que quería descansar! ¡Le he dicho veinte veces esta mañana que necesito descansar, que estoy agotado, que pensaba darme una ducha y dormir una siesta...! ¡Si se acostumbrase a tomar nota de todo lo que le digo, no pasaría esto! ¡¡Me importa un cuerno lo que le hayan dicho en la Delegación!! ¿Quién le está levantando la voz...? (Más bajo.) Sólo le pido que trate de ser suficiente sin mi presencia durante un par de horas: el tiempo que necesito para comer, tomar una ducha y dormir un poco... ¿Es mucho pedir? ¡¡Pues por qué no lo hace!! Si chillo es porque desde aquí la oigo mal, no porque esté nervioso... Junto a usted, está el contestador: conéctelo. Sólo tiene que apretar dos teclitas... Y si eso le parece muy complicado, li-

mítese a tomar nota de todas las llamadas que haya en mi ausencia y pásamelas a mi vuelta... Es fácil, ¿verdad? ¡Pues, ale, Rosa, ánimo a ver si es capaz de hacerlo usted solita...! ¡Adiós! (Cuelga indignado.) ¡Imbécil! (Luego comienza a buscar algo por todos lados, bajo la mesa, en sitios insospechados, por toda la habitación...) ¡¿Dónde estarán?! (Se da un golpe en la frente, como recordando algo y se dirige a la cocina, de allí vuelve con una olla express en la mano. Tras forcejear un rato con la tapadera, para abrirla, lo consigue. De su interior extrae un paquete de cigarrillos y toma uno. Busca cerillas, que encuentra en la cocina y enciende el cigarrillo. Luego comienza a recoger los platos que hay en la barra de la cocina. Oímos un grifo y al rato el sonido de unos platos rotos.) ¡Coño! ¿Dónde estará la escoba? (Sale de la cocina y entra en el dormitorio. De donde vuelve a salir con la escoba en la mano, entra en la cocina y suponemos que barre el suelo.)

(Por la puerta del dormitorio, aparece INES, con tripa de embarazada de nueve meses y muchos días. Su pesadez y lentitud al caminar, son, pues, logiquísimas, lleva un vestido premama de verano y por su peinado y la forma de desperezarse, suponemos que INES acaba de despertarse. prueba los botones del televisor, que no consigue sintonizar y lo apaga. Ve los cigarrillos, toma uno, pero, inmediatamente,

*se arrepiente y lo vuelve a dejar en el paquete.
Se acerca a la puerta de la cocina y ve a LUIS.)*

INES.—¿Qué haces...?

LUIS.—Ya lo ves... «Barro mi casita, ran, lara, larita...» ...Me he cargado otro par de platos... Al paso que vamos, habrá que reponer la vajilla... ¿No has dormido?

INES.—No... Estoy incómoda en todas partes... Además hay demasiado ruido... *(Pasea por la habitación.)* Primero la ducha, luego el teléfono, y ese maldito zumbido del aire acondicionado... *(Apaga el aparato.)* Prefiero morirme de calor... ¡Aún no han venido a repararlo...!

LUIS.—Luego volveré a dejar el aviso... No podemos estar sin él... No sabes la manta que está cayendo en la calle... He venido chorreando, mira la camisa... *(Le muestra la camisa que hay sobre el sofá.)* Y eso que de la oficina hasta aquí, sólo hay cinco minutos... Ya he dejado los cacharros en agua... *(Se sienta derregado en el sofá. Ella sigue paseando.)* ¿No te sientas...?

INES.—No... No aguanto en ninguna postura... Paseando me duelen los tobillos, pero por lo menos, se alivia todo lo demás... ¿Quién era...?

LUIS.—¿Qué?

INES.—La llamada...

LUIS.—¡Ah! ¡La estúpida de Rosa! ¡Ha vuelto a hacerlo! ¡Estoy convencido de que lo hace a posta! Me han llamado de la Delegación y seguida me telefonea... ¡Le he dicho mil veces que no lo haga! Pero no se entera... Si es ésa

la secretaria más eficiente que tenemos, no me explico como la empresa no se ha ido al cuerpo ya...

INES.—Tienes que tener paciencia... El trabajo es difícil... Son demasiadas las cosas que hay que atender... Estoy convencida de que antes de dos meses se pone al día...

LUIS.—Tú no necesitaste tanto...

INES.—¡¿Que no?! ¡Tardé más de cinco meses en acostumbrarme! No te creas que es tan fácil...

LUIS.—¡Es facilísimo! Lo difícil es meter los cacharros en el lavavajillas... A mí no me caben nunca...

INES.—No te preocupes... Ya lo haré yo luego, o la asistenta cuando venga...

LUIS.—¿Por qué no vino ayer?

INES.—Tenía malo al niño... Vendrá luego... ¡Anda! Disfruta este rato de tranquilidad... ¿Has tomado café?

LUIS.—La cafetera estaba vacía...

INES.—¡Es verdad! ¡No me acordé de prepararlo...! *(Yendo a la cocina.)*

LUIS.—¡No te molestes! En la cocina, el único grano de café que he encontrado, mientras barría, ha sido éste... Tú crees que si lo lavamos bien, nos dará café para dos...

INES.—*(Tirándole un cojín a la cara.)* ¡Payaso! Siento no haberlo comprado... ¡Todo se me olvida! *(Se sienta a su lado con gran esfuerzo.)* ¡Qué paciencia tienes conmigo! Y yo aquí, hecha un monstruo que no sirve para nada...

¿Quieres una copa? Queda algo de coñac...
¡Ah! ¡Y tequila...!

LUIS.—¡Dos buenos remedios para el calor, sí señor! No... No quiero nada... Sólo quiero estar un rato sentado aquí... Así... Con las piernas bien extendidas y olvidarme de todo durante un par de horas...

INES.—¡A eso me apunto encantada, pero tendrás que esperar un momento... (Se levanta lo más rápido posible y se dirige al dormitorio.) Con lo lenta que estoy de movimientos, cualquier día me lo hago encima... (Sale.)

LUIS.—(Hablando alto para que ella pueda oírle.) Como ese niño sea igual de meón cuando esté fuera, no vamos a ganar para pañales...

INES.—(Desde dentro igual de alto.) ¡Ahora que me acuerdo! ¡En el cajón de la librería debe haber unos sobres de café soluble...! ¡Me los dieron de muestra en el super...!

LUIS.—(Se levanta a comprobarlo.) ¡Aquí están! No conozco la marca... ¿Tú crees que nos envenenaremos...?

INES.—(Off.) Las muestras de los productos es lo único bueno que hacen... (Entrando.) Loli siempre recoge muestras en el super o las pide por correo... Su cocina parece el almacén de un representante...

LUIS.—(Ha entrado en la cocina y vuelve con un vaso con hielo y agua.) ¿Quieres uno...?

INES.—No, gracias... Tengo que pensar en la seguridad del niño. Cuando vea que no te mueres, lo probaré...

LUIS.—No he encontrado ninguna cucharilla...

INES.—Es que las he puesto en su sitio... Están en ese cajón... (Señala la librería. LUIS va por ella, mientras tanto, ella le sirve el soluble en el vaso. Se sienta en el sofá con dificultad.) ¡Uff! No puedo ni sentarme! ¡¿Cuándo se acabará todo esto?!

LUIS.—(Se sienta a su lado. Mueve el café con la cucharilla.) ¡Espero que pronto! Llevas más de diez días pasada de cuenta...

INES.—¡Eso según el médico! Según mis cuentas, son más de veinte... ¡Qué cabezonería! ¡Ni que hubiese estado delante cuando lo hicimos! (Pausa.) Esta mañana, cuando le llamé, me dijo que si no nacía este fin de semana, me lo provocaría el lunes...

LUIS.—Estoy seguro que mañana nos tocará salir corriendo... Tú eres muy oportuna y hay final de tenis en la TV...

INES.—¡A propósito! Si hay que salir corriendo, habrá que buscar mi neceser y mi maletín bajo tus raquetas y tus palos de golf...

LUIS.—(Mirando hacia la entrada.) ¡Perdona...! Siempre me olvido de meterlas en el armario.

INES.—¡No hace falta que te disculpes! En un campeonato de desorden, sería yo la que se llevase el primer premio... Es algo que nunca entenderé: en el trabajo soy muy ordenada. Siempre he tenido todo al día. En cambio, este apartamento da asco verlo... Cuando estemos en Barcelona y tengamos nuestro piso, dará

pena entrar en él... Como será más grande, lo tendré peor que éste...

LUIS.—No te preocupes, es en las casas pequeñas donde más se ve el desorden... En las casas grandes siempre tienes la ventaja de que puedes ir cerrando puertas...

INES.—¡Además! ¡Estará el niño! Me aterra pensar cómo me voy a apañar con la casa, con el niño y en Barcelona, sin saber catalán...

LUIS.—¡Mujer! Que aún hablan castellano de cuando en cuando... Una vez allí, todo cambiará... Será diferente, el niño, el nuevo trabajo... Buscaremos alguien que te ayude... Todo es cuestión de tiempo...

INES.—¿Hay alguna noticia nueva...?

LUIS.—¿De Barcelona?

INES.—Sí.

LUIS.—No. De momento no sé nada... Todo sigue igual... No creo que haya cambios hasta septiembre...

INES.—¡Un mes más...! ¿Podrás aguantar...?

LUIS.—¡Claro que sí! He aguantado tanto tiempo que un mes más, se pasará en un abrir y cerrar de ojos... Cuando ocupe ese despacho de Barcelona respiraré de verdad después de mucho tiempo... ¡Allí nos sentiremos libres...! ¡Sin ataduras!

INES.—(Señala su barriga.) ¡Te olvidas de esto! (Se levanta.) Perdona...

LUIS.—¿Otra vez...?

INES.—(Caminando pesada hasta el dormitorio.) ¡Ya lo ves! Así me paso el día entero... Por

eso prefiero estar en la cama, por lo menos, tardo menos en llegar... ¡Mira! Parece que ahora camino mejor... Y eso que según el médico no estoy muy gorda... (Sale.)

LUIS.—(Alto para que lo oiga.) ¡Porque no comes nada! ¡Mi madre siempre decía que hay que comer para dos!

INES.—(Off.) ¡Por eso terminó estando tan gorda toda su vida!

LUIS.—(Se levanta, va a la librería y se sirve una copa de coñac. Suena de nuevo el teléfono. LUIS lo coge muy contrariado.) ¡Ya le he dicho

que no me moleste más...! ¡Alicia! Sí... Perdona...

Creí que era Rosa... ¿Quién? ¿Rosa?... Es mi nueva secretaria... (Riendo.) ...No, no está sindicada... Bueno... Tienes razón... Debí

llamarte... Sí, ya sé... Soy yo el más interesado... Pero he estado muy ocupado... No. Aún no... (En ese momento entra INES y se sienta a su lado, trae un pay-pay y se abanica con él.) ...No... Si no llega antes del lunes se lo provocarán... No, no sé... Sí, ella está muy bien... No, no está en la clínica... Está aquí... A mi lado... No aún no ha... (Busca la frase.)

INES.—(Soplándole.) ...Roto aguas...

LUIS.—(Extrañado por la actitud de INES.) ...Roto aguas... Así estamos... Bueno... Yo tengo una cita a las cinco y no puedo faltar... No se si

podré... ¿Dónde estás? ¿Qué? ¿Aquí abajo? Pero... Bueno... Es que no sé... (INES le hace señas de que le haga subir, lo que asombra más aún a LUIS, que habla muy cortado.)

...Oye... ¿Por qué no subes...? Sí... Es ella la que me dice que subas... Te podemos ofrecer un descafeinado frío... Sí, sube... No molestas... De verdad... El quinto... Sí... Hasta ahora... (Cuelga.)

INES.—No me digas que se ha olvidado del piso en que vivo... Debe estar trompa... ¡Pobre Loli...!

LUIS.—(Preocupado.) ¡Pero... Si no era Loli...! ¡Era... Alicia...!

INES.—(Dando un respingo.) ¿Alicia...? ¿Tu mujer...?

LUIS.—¡Pues claro! He dicho su nombre mientras hablaba con ella... Por eso me extrañaba que dijese que subiera...

INES.—Yo estaba en el baño... Creí que era Loli, por la familiaridad con que la tratabas... Me dijo que vendría a verme hoy... ¿Cómo has podido decir a tu mujer que subiera? ¡Mira como está todo! Yo no puedo recibirla... No quiero que me vea así... Aquí... Contigo...

LUIS.—Estará a punto de subir... Estaba abajo en la cafetería...

INES.—(Se levanta nerviosa y comienza a retirar cosas de todos los sitios. LUIS la sigue, imitándola, como un autómata.) ¡Yo me meto en la habitación! ¡Tú le has dicho que subiera! ¡Pues tienes que conseguir que se vaya! ¡Dile que me han empezado los dolores! ¡Cualquier cosa! ¡Pero haz que se vaya! ¡No quiero verla! ¡Ahora no!

LUIS.—¡Pero si le he dicho que tú misma querías verla!

INES.—¡Habrá pensado que el embarazo me ha vuelto loca!

(Ambos siguen escondiendo ropas, tazas, todos los trastos que hay por medio, lo que facilitará a los utileros la mutación del tercer cuadro.)

LUIS.—¡Sólo estará un momento! ¡Trae unos papeles para que los firme! ¡Nada más!

INES.—¡Eso es lo que te ha dicho! ¡Lo único que quiere es fisgar por aquí y ver todo esto patas arriba! ¡La olla! ¿Cómo has dejado la olla aquí? ¡Y tu ropa! ¡Te he dicho mil veces que no la dejes tirada por los suelos!

LUIS.—¿Y qué más da?! ¡Ello se ha pasado años diciéndome lo mismo cuando veía mi ropa tirada...!

INES.—¡Pero yo no quiero que al entrar encuentre esta casa con aire familiar! ¡En esta casa, tú no tiras los pantalones por el suelo! ¡Y si los tiras, ella no tiene que verlos! ¡Mira cómo está todo! ¡La asistenta sin venir ayer...! ¡Yo ni la saludo! ¡Me encerraré en el baño!

LUIS.—¡No se fijará en nada de esto! ¡Te lo aseguro! ¡Bastante nerviosa estará para reparar en ello! ¡En cuanto firme esos papeles, me la llevaré a la calle con cualquier pretexto!

INES.—¡No puede ver toda esta basura! ¡Háblale a través de la puerta! ¡Ponle una excusa!

LUIS.—¿Y qué le digo? ¿Que tenemos el sarampión...? ¡No puedo poner ninguna excusa!

INES.—¡Lo ha hecho a posta! ¡Mira la cocina! ¡Da

asco! (Cierra el vantanal de la cocina.) ¡Mira mi tripa!

LUIS.—¡Ponte el vestido verde!

INES.—¡Como si no se me notase con el vestido verde! ¡Yo la saludo desde el dormitorio y me encierro!

LUIS.—¡Vamos! ¡No seas idiota! ¡Tienes que hacer acto de presencia...! (Suena el timbre de la puerta.)

INES.—(En un alarido contenido.) ¡Ya está ahí! ¿Qué hago?... Estoy sin peinar... Y tengo ganas de hacer pis... (Esto último lo habrá dicho en un susurro suplicante y con las piernas cruzadas, aguantándose el pis, mientras permanece de pie en medio de la habitación.)

LUIS.—(Le hace señas de que se siente, mientras él va hacia la puerta. Muy bajo a INES.) Tranquila... Yo haré que se vaya enseguida... (Justo en ese momento, se da cuenta de que está en albornoz y siente un inexplicable pudor.

INES, rápidamente, se sienta en el sofá muy rígida. Se coloca un cojín sobre la tripa, que retira horrorizada al comprobar que le hace más bulto, llegándole casi a la barbilla. LUIS abre la puerta. En el umbral vemos una ALICIA elegantísima, con un impresionante modelo de verano, de ésos que sólo se ven en las revistas, pero que ninguna mujer práctica es capaz de ponerse, si no desea que se lo reconozcan siempre. En su aspecto, veremos una ALICIA muy diferente a la del primer acto: maquillaje, peinado, etc... Se ve que se ha esmerado en

su arreglo para venir a esta entrevista. Al ver a LUIS en la puerta, todo lo que tenía pensado y decidido decirle, se le acaba de olvidar. Su comportamiento, a partir de ahora, es nervioso y forzado.) ¡Hola!... Pasa... Alicia... Pasa... Acabo de tomar una ducha... Perdona que te reciba así...

ALICIA.—No te preocupes... No he debido subir... No son horas de hacer visitas... (Pasa y ve a INES que trata de levantarse.) ¡Hola! No... Por favor, no te levantes... Debes encontrarte muy molesta... Sólo estaré un minuto... Necesitaba la firma de Luis para unas cosas...

INES.—...Pero siéntese... Siéntate... Yo os dejo... Tengo que hacer dentro... ¡Siéntese, por favor...! (ALICIA lo hace, INES se levanta.) ¿Quiere un café...?

ALICIA.—No... Muchas gracias... Acabo de tomar, abajo... Pero no me hables de usted, por favor...

INES.—Perdona... La costumbre... ¿Y una copa...?

LUIS.—Sólo hay tequila y coñac... ¿Te apetece con hielo?

ALICIA.—...No, de verdad... Muchas gracias...

INES.—...Bueno... Pues yo... Si me perdonas...

ALICIA.—No, por favor... No te vayas... Si sólo se trata de...

INES.—Es que tengo cosas que hacer... De verdad... (Sale, lo más rápida que le permite su tripa, tratando de disimularla.)

ALICIA.—(Después de salir INES. Bajo a LUIS.) ...Yo

pensé que quizás ya hubiese dado a luz...
Por las fechas...

LUIS.—Está retrasada unos días...

ALICIA.—Tiene que sentirse muy mal con tanto peso... Ella que es tan delgada...

LUIS.—...Sí... Está muy incómoda... *(Tras una pausa, en la que están a punto de hablar del tiempo, comienzan a hablar a la vez.)* ...No tenías que...

ALICIA.—...No pensaba que... ¡Perdón!, ¿decías...?

LUIS.—No, di tú...

ALICIA.—Que no creí que os encontraría en casa...

Pensé que estaríais en la clínica... Pero como he comido en el centro con Laura, al pasar por aquí debajo, se me ocurrió que podías haber venido un momento... Y como traía los papeles...

LUIS.—No debías haberte molestado... Yo mismo hubiera ido a firmarlos a casa...

ALICIA.—No es molestía, de verdad... Por lo visto corre prisa... Tu abogado...

LUIS.—¿De verdad que no quieres nada? Te puedo ofrecer un café soluble con hielo...

ALICIA.—Bueno. No me vendrá mal... Hace tanto calor... *(LUIS se levanta a prepararlo.)* ...Siento haberos molestado... Pero tu abogado dijo que sería conveniente que los firmases antes de terminar el mes... Yo no sabía que... Como hace una semana que no hablamos por teléfono... Si llego a saber que aún no...

LUIS.—*(Ofreciéndole un vaso.)* ¡Vamos! ¡Tranquila, Alicia! De verdad que no pasa nada... To-

ma... Hace mucho calor aquí... Pero si conecto el aire acondicionado no podremos hablar: hace un ruido tremendo y aún no han venido a arreglarlo... *(Se sienta a su lado y bebe el nuevo café que se ha servido. Toma los papeles.)* ¡Veamos esto! *(Los revisa en silencio, mientras, ALICIA, tiene oportunidad de echar una discreta, pero detenida ojeada a toda la estancia.)* Bueno... Esto es lo de la hipoteca del chalet... Ya está liquidada...

ALICIA.—Sí. Pero por lo visto, se necesita tu firma, para presentar todos los trámites al notario...

LUIS.—Pues ahora mismo firmo... *(Hace ademán de buscar un bolígrafo en sus bolsillos.)*

ALICIA.—*(Le tiende uno que ha sacado de su bolso.)* Nunca has llevado un bolígrafo a mano... No creo que ahora los lleves a duchar...

LUIS.—*(Lo toma.)* Gracias. *(Firma y revisa otros papeles.)* ¡A ver que es esto...!

ALICIA.—*(Aligerando algo su ropa.)* ...Es verdad... Hace mucho calor aquí... Como es un piso alto... En el chalet se está tan fresquito ahora... Sobre todo por las noches... Ya sabes como refresca... Ya hay uvas en el emparrado... Más que el año pasado... ¿Sabes? Han alquilado el chalet de los sauces... Un matrimonio holandés muy agradable... No hablan ni jota de español... El día que se instalaron me regalaron unas semillas de flores... Tulipanes claro...

LUIS.—¿Qué decías...? Perdona... Estaba leyendo...

ALICIA.—No... Nada...

LUIS.—...¡Pero, esta plusvalía! ¿No te ha dicho Jiménez que ya estaba liquidada?

ALICIA.—No. Sólo me dijo que esos papeles teníamos que firmarlos los dos. Nada más. Y que cuando estuviesen firmados le llamáramos para darles curso... ¿Están mal?

LUIS.—¡Claro! Todo esto ya está pagado y aquí no consta... Lo liquidé yo mismo con él en la oficina... Estoy seguro... Fue en marzo... ¡Inés! ¡Inés!

ALICIA.—(Al oír el nombre de INES, se pone de pie muy nerviosa.) Si quieres te quedas con los papeles y los revisas con tranquilidad y cuando los tengas listos me los mandas... O se los mandas a Jiménez... Yo tengo que marcharme...

LUIS.—Es sólo un momento... Termina tu café...

INES.—(Entrando.) ¿Qué quieres?

ALICIA.—(Intenta cederle un sitio.) Siéntate... Debes estar muy molesta de pie...

INES.—Igual que sentada... Los últimos días son incomodísimos en cualquier postura... Siéntate tú, por favor...

LUIS.—(Mostrándole los papeles a INES.) ¡Mira! ¡A ver si recuerdas! ¿Verdad que esta plusvalía la liquidamos en marzo? ¿No entregaste tú el talón personalmente?

INES.—(Revisando los papeles.) ¡Sí! ¡Claro que sí! Recuerdo que fue un poco antes de que yo de-

jase la oficina... Estoy segura... ¿Cómo está aquí?

LUIS.—Jiménez... No debiste enviarle el recibo... O no se ha acordado... ¿Qué hago?

INES.—¿Quieres que le llame?

LUIS.—¡No, déjalo! No importa ahora... Ya le llamaré yo luego... ¡Mira! También ha presentado los papeles de la separación con fecha... No puedo firmarlos, Alicia...

ALICIA.—¿Por qué no? ¡Yo los he firmado! ¿Es que no está todo correcto? El me dijo que era la fórmula adecuada...

INES.—(Levantándose.) ¡Perdón!

LUIS.—¿A dónde vas?

INES.—(Violenta.) Es que yo... Creo que no debo estar aquí...

ALICIA.—La que no debe estar aquí soy yo... Y me iré enseguida...

LUIS.—Por favor... Tratemos de serenarnos... Verás, Alicia: todo está bien redactado, pero es que yo no puedo firmarlo ahora...

ALICIA.—No entiendo por qué no puedes hacerlo... Creo que ya va siendo hora...

LUIS.—Sí. Tienes razón. Y me parece muy bien que tú lo hayas firmado... Yo también lo haré, pero más adelante...

ALICIA.—¿Y por qué no ahora?

LUIS.—Se trata de la Delegación de Barcelona... Están a punto de concedérmela... No es el momento adecuado para que se enteren de esto...

ALICIA.—¿Enterarse de esto? ¿Pero es que aún hay

alguien de tu empresa que no lo sepa? Estará ciego y sordo...

LUIS.—Nadie sabe nada de manera oficial... y eso es lo que le importa a la dirección de la empresa... Ninguno de los otros candidatos puede presentar nada en contra mía... Los divorcios no son gratos para las empresas... Saben que trastorna bastante la labor del que los padece... Debemos esperar un mes o dos... Nada más... Para entonces, el puesto será mío... En ese momento, activaremos todo el papeleo y se quedará zanjado en poco tiempo...

ALICIA.—Lo siento, pero no entiendo nada... Tú deberías ser el primero que tuviese interés en acelerar los trámites... Vas a tener un hijo... Ese niño...

LUIS.—Por mucho que los acelerase, al niño no le beneficiarían de momento. Pasarán un par de años, hasta que su situación quede legalizada...

ALICIA.—(A INES.) ¿Y tú? ¿Estás de acuerdo?

INES.—Bueno... Yo creo que Luis tiene razón... Lo importante es conseguir cuanto antes ese puesto...

ALICIA.—¡Vaya! ¡Da gusto oírlos! ¡Los dos en perfecta comunión de ideas! Por lo visto, querido Luis, sigues anteponiendo tu trabajo ante todo... Pensé que habrías cambiado en algo...

LUIS.—Creo que no necesito explicarte lo que significa ese puesto para mí...

ALICIA.—¡Para ti! ¡Claro! ¿Y yo? ¿Yo no cuento? ¿Es que no has pensado en mí? (INES va a levantarse, pero se sienta, ante la siguiente frase

de ALICIA.) ¿Es que no habéis pensado en mí? ¿Cuánto tiempo se supone que tengo que aguantar con esta situación? ¡He pasado por todo! ¡Me he callado ante todo! He ido cediendo a todas sus peticiones, porque pensaba que poniendo dificultades, lo único que conseguiría sería sufrir más... Y ahora me pides que siga esperando... ¡La separación se llevará a cabo cuando tú decidas! ¡El divorcio será cuando tú lo creas oportuno! Yo sólo tengo que esperar que tú decidas hacer las cosas... ¡Estoy harta! ¡Yo soy la que se ha quedado en casa...! ¡La que tengo que seguir viendo a nuestros amigos!... ¡Aguanto que todo el mundo me compadezca! ¡O se ría a mis espaldas! ¡Mi marido va a tener un hijo con otra y yo debo sonreír y decir amén a todas vuestras propuestas! ¿No os parece que estáis pidiendo demasiado? ¿De qué pasta creéis que estoy hecha...?

LUIS.—Sí. Sé que te estamos pidiendo demasiado... Pero no tengo otro remedio... Si no consigo ese puesto y tengo que seguir aquí, todo será mucho más difícil... Para todos... Necesito marcharme... Inés, el niño y yo tenemos derecho a comenzar en otro sitio... Aquí no podríamos ser felices nunca... Son muchas las cosas que se interponen...

ALICIA.—¿Y a mí que me importa si eres feliz o no lo eres...? ¿Acaso te ha importado a ti saber si lo soy yo? Estoy cansada de comportarme siempre adecuadamente, de tener una

paciencia infinita... Durante años he sido la perfecta casada, la perfecta novia, la perfecta anfitriona, la perfecta compañera... Siempre he dado lo que se esperaba de mí... ¿Y qué he sacado con ello? Verme humillada, abandonada, sola... Me he convertido en la pobre Alicia para todo el mundo... Ya nadie viene a casa a verme porque estoy sola... No puedo salir con nuestros amigos de siempre porque hago un desagradable número impar... Y los chistes sobre matrimonios, resultan difíciles de reír en mi presencia... Ni siquiera puedo ser la perfecta separada... Puesto que ni eso se me permite... ¡Creo que ya está bien! ¡Se acabó! ¡Tú buscas tu felicidad! ¡Déjame buscar la mía! ¡Esta separación es de los dos! ¿No? ¡Pues déjame usar mi parte como me venga en gana! ¡Y por favor, deja ya de utilizarme...! ¡Jamás volveré a permitir que alguien me utilice! ¡Te lo aseguro!

LISU.—(Abrumado.) ¡Llevas razón! No tengo derecho a pedirte más sacrificios... Firmaré esos papeles... (Los coge.)

INES.—(Cerrando la carpeta de los papeles.) ¡No! Espera un momento! (A LUIS.) ¿Te importaría dejarnos solas a las dos?

ALICIA.—No creo que tú y yo tengamos nada que hablar...

INES.—Yo si quisiera hablar contigo... Si me lo permites...

LUIS.—¡Déjalo, Inés! Alicia tiene razón... Debo acabar con todo esto de una vez...

INES.—¡Por favor, Luis! Déjanos solas...
LUIS.—Está bien... (Se levanta.) Voy a afeitarme...
(Sale.)

INES.—Comprendo que no quiera hablar conmigo...

ALICIA.—Háblame de tú... No creo que te cueste tanto hacerlo... Si me has quitado el marido, no te será tan difícil quitarme el tratamiento...

INES.—De acuerdo, Alicia... Pero yo no te he quitado el marido... El se hubiese marchado de todas formas... Solo o con otra... Es algo que deberías haber asumido, lo mismo que yo asumo el que dentro de unos años se canse de mí y me deje... El estar casada no significa que tengas derechos adquiridos de propiedad absoluta...

ALICIA.—No he venido aquí a oír disertaciones sobre los derechos de propiedad... Así es que suelta lo que tengas que decir para que me pueda ir y os deje tranquilos...

INES.—Aunque te vayas no nos quedamos tranquilos... Luis se pasa las horas pensando en ti... Está muy preocupado por tu situación, por tu soledad... No para de buscar soluciones...

ALICIA.—Muy considerado por su parte... Siempre lo ha sido... ¿Y tú? ¿Tampoco tú puedes dormir pensando en mí?

INES.—A mí lo único que me impide dormir es esta tripa... Pero no se puede decir que viva muy tranquila... No soy capaz de hacer a Luis

lo suficientemente feliz... No lo será mientras tú estés ahí...

ALICIA.—¿Y qué quieres que haga? ¿Me tiro por el viaducto esta tarde? ¿O también eso le daría remordimientos?

INES.—Comprendo como te sientes... Yo misma en tu lugar...

ALICIA.—¡No, por favor! No te pongas en mi lugar! ¡Nadie puede ponerse en el lugar de otro! ¡No es tan sencillo...!

INES.—Tampoco es fácil mi postura... Trato de encontrar mi lugar en la vida de Luis... Una vida llena de problemas y complicaciones... *(Señala su tripa.)* Y esto no ayuda mucho a solucionarlos...

ALICIA.—Yo diría que gracias a eso, se te solucionarán muchos problemas...

INES.—Luis no está conmigo sólo por esto... Yo podría vivir sola con mi hijo... No estoy buscando un padre... Si Luis está conmigo es porque me quiere... ¡Estoy segura!

ALICIA.—Eso no deja de ser una opinión muy personal... Pero yo no he venido a oír opiniones... Tengo las mías muy claras, afortunadamente...

INES.—Tú has venido aquí porque sabes perfectamente lo que te quiere Luis y estás dispuesta a hacerle pagar ese cariño... Pero no voy a reprochártelo... Me parece normal que la gente respire por la herida... Yo sólo quiero que sepas una cosa: Separarte ahora o dentro de un mes no afectará para nada a tu si-

tuación... En cambio, Luis necesita ese tiempo... Es el margen justo para poder marcharnos a Barcelona... Tiene que conseguir ese puesto... Es la única posibilidad de volver a respetarse a sí mismo... Yo sé que aún le quieres, que le querrás siempre... Lo supe el día que viniste aquí por primera vez... Lo puedo ver ahora que has vuelto mandando a paseo tus escrúpulos y tu orgullo... Le quieres por la forma en que estás llevando todo esto desde el primer día... Sé que te estamos pidiendo demasiado... Pero debes tener un poco más de paciencia... De lo contrario, sólo conseguirías verle destrozado... Y sé que no quieres que eso pase... A ninguna de las dos nos gustaría verle así. Te lo pido por favor... No le fuerces... Tú y yo sabemos muy bien que luego te arrepentirías...

ALICIA.—Si hago lo que me pides, ¿serás sincera conmigo?

INES.—Siempre lo he sido.

ALICIA.—Hay algo que me gustaría saber, desde la última vez que nos vimos... Tengo auténtica curiosidad...

INES.—Dime...

ALICIA.—Aquella noche... ¿Fue de verdad un accidente? ¿No tenías una segunda intención cuando llamaste a casa?

INES.—Te aseguro que fue un accidente... No me di cuenta de lo que hacía... Había bebido demasiado... Juan te puede dar constancia de

ello... El te quiere tanto como a Luis y no te mentiría... Puedes preguntarle...

ALICIA.—Ya lo he hecho y dice que fue un accidente, pero, precisamente, me quiere tanto, que no puedo fiarme de él...

INES.—En cuanto a la llamada, sólo puedes creer en mi palabra... Si hubiera estado menos borracha o más consciente, nunca habría llamado a tu casa... Si lo hice, fue porque me entraba mal... Luis era la única persona a quien podía recurrir... Pero también quiero que sepas una cosa... No me arrepiento, en absoluto, de que aquello sucediese... Por lo menos se acabó el seguir fingiendo... El vernos a escondidas y sentirme avergonzada cada vez que llamabas o venías a buscarle al despacho... Eso es todo lo que te puedo decir sobre aquello... No sé si te servirá de algo...

ALICIA.—...Te creo... Quizás porque necesito creerte... Nunca he soportado la astucia femenina y me dolería mucho sentirme manipulada por ella...

INES.—De nada me hubiera servido utilizarla con Luis... El hubiera hecho siempre lo que le hubiera dado la gana... ¡Además! Yo tampoco la utilizaría... Me da asco...

ALICIA.—¡Bueno! Creo que para una visita, ya ha sido demasiado larga...

INES.—¿Qué piensas hacer?

ALICIA.—¿Respecto a los papeles?... Esperaré... A fin de cuentas, es el único que he hecho bien en toda mi vida... *(Se levanta.)*

INES.—*(Grita hacia el dormitorio.)* ¡Luis! ¡Luis!
¡Alicia se va ya! *(A ALICIA, ofreciéndole la mano.)* Gracias...

ALICIA.—*(Le da una mano rápida.)* No me las tienes que dar... No lo hago por ti...

LUIS.—*(Entrando, se abotona una camisa.)* Perdona... me estaba vistiendo...

INES.—¡Adiós, Alicia! Discúlpame, pero debo ir dentro... *(Sale rápida.)*

LUIS.—*(Tratando de estar simpático.)* Es la presión sobre la vejiga... Se pasa el día así...

ALICIA.—Inés y yo hemos hablado... Bueno, creo que por esperar un par de meses más, no va a pasar nada...

LUIS.—Gracias... Dime, Alicia... Necesitas algo... ¿Hay algo que yo pueda hacer por ti?

ALICIA.—*(Lleva un rato buscando en su bolso.)* Si tienes un cigarrillo... He debido olvidar la cajetilla en el bar...

LUIS.—Sí, claro... *(Va a la cocina y vuelve con la olla. Se la ofrece abierta.)* Es una pitillera extraña, como verás... Es para evitar que Inés fume... Los escondemos en los sitios de menos uso... Como ella no guisa...

ALICIA.—Es curioso... Yo también estoy tratando de dejar el tabaco... No, gracias... Ciérrala... Es algo que me he propuesto y debo conseguirlo...

LUIS.—¿Quieres un coñac? Te lo puedo poner con hielo...

ALICIA.—Pero tú tienes prisa... Estás citado...

LUIS.—Es pronto aún... Además, tengo que fir-

mar los papeles del crédito... Siéntate... (Sirve coñac y cubos de hielo en dos vasos.)

ALICIA.—Está bien... Sólo un rato más...

LUIS.—(Le ofrece uno de los vasos y se sienta a su lado.) Gracias de nuevo, Alicia... Siempre tendré que estarte agradecido... Tienes que perdonarme que no te haya llamado últimamente... He estado muy liado...

ALICIA.—Me extrañó que no lo hicieras... Antes me llamabas a diario... Pero no tienes que disculparte... Es natural que no me llames...

LUIS.—De todas formas, prefiero haberte visto de nuevo... Hay ciertas cosas que no se pueden decir por teléfono...

ALICIA.—A veces es mejor oírlas por teléfono que no oírlas nunca...

LUIS.—Es la primera vez que nos vemos desde aquella tarde... Estás muy bien... Ese color siempre te ha favorecido...

ALICIA.—Depende... Tengo que combinarlo bien...

LUIS.—Aquella tarde, te fuiste sin que pudiésemos terminar de hablar...

ALICIA.—Ya estaba todo dicho... Cuando Inés anunció su embarazo, no nos dejó muchas posibilidades de seguir hablando, ¿no crees? Todos tenemos un límite y creo que rebasé el mío... Ya todo estaba dicho entre nosotros...

LUIS.—No, no estaba todo dicho... Hubiésemos encontrado una solución... Quizás si no te hubieras ido...

ALICIA.—¿La hubieras dejado? ¿Embarazada? Por favor, Luis... No te burles...

LUIS.—No me burlo, Alicia... Yo te quiero mucho...

ALICIA.—¡No me digas eso! No se le puede ir diciendo a la gente que se la quiere mucho... Yo te quiero mucho, pero siento tener que destrozarte la vida... ¡Es mejor callarse! ¡Has escogido! ¡Por una vez en tu vida, has escogido! Eso es lo único que cuenta... No me vengas ahora con que si yo y tú o que si ella... Me has querido mucho, de acuerdo, pero ahora estás con ella... Yo te he querido, te quiero mucho aún, pero ahora estoy sola y tengo que acostumbrarme a ello, aunque no me guste... Y te aseguro que no me será nada fácil acostumbrarme si tengo que oír estas cosas... No puedes seguir diciéndome lo mucho que me quieres y pensar que con ello tranquilizas tu conciencia... Deja ya de jugar con las dos barajas...

LUIS.—Lo siento... Tienes razón...

ALICIA.—No se trata de que me des la razón o de que lo sientas... Sólo quiero que me comprendas... Es lo único que debes y puedes hacer... Deja de llamarme a diario... Como has estado haciendo últimamente... Que yo no tenga que esperar tus llamadas... Para ti era cómodo, sabías que no me había muerto... ¿Pero y yo? Dependía completamente de ellas... Me pasaba el día esperando que se produjeran... Nunca te acordaste de la fecha de mi cumpleaños... Ni una sola vez en veinte años... Excepto este año... ¿Piensas mandarme flores también el

día que se cumpla un año de la separación? ¡Es incongruente lo que haces! ¿Por qué me envías tanto dinero? Nunca he dispuesto de tanto dinero como ahora... ¿Crees que llenándome de talones puedo olvidarme de ti? ¿O lo haces para que no me olvide? ¡Ocúpate de esta casa! ¡Mira que pocilga! ¡Arregla ese aire acondicionado! ¡Esta es tu casa ahora! De la otra te ocupaste hace mucho tiempo... Yo no necesito nada... Ella es la que necesita que la atiendas... Ella es tu mujer ahora... Parece mentira que sea yo la que tenga que decirte todo esto...

LUIS.—Sé que no debo hacer todo eso... Ya ves, me siento culpable... Si la hubiese dejado a ella, me sentiría igual... No he sabido hacer nada bien... Y probablemente, lo seguiré estropeando todo... Antes no me acordaba de tu cumpleaños... Pero te veía al llegar a casa... Y tú y yo bromeábamos sobre mis despistes... Tampoco te daba el dinero a espuestas... Tú no lo necesitabas... Comprábamos las cosas juntos... Pero ahora, al llegar tu cumpleaños, pensé en ti... Y me acordé... Lo siento... No me vino la fecha a la memoria... Buscaba una fecha especial en la que pudiese hacer algo especial... Y la encontré... Era tu cumpleaños... Y quería que vieses que pensaba en ti... No son remordimientos... Es amor... Cariño... Amistad... Llámalo como quieras... Desde aquella tarde no he dejado ni un solo momento de pensar en ti... Eso no puedo evitar-

lo... Y estoy seguro que si esa tarde tú y yo no nos hubiésemos separado, me pasaría lo mismo con Inés... Es triste... Quereros a las dos... Debería ser el hombre más afortunado del mundo, pero no lo soy... Hemos buscado una fórmula, moral, ética y que se ajusta a la armonía social... Pero creo que a ninguno de los tres nos hará bien... Quizás éramos más felices antes... Los tres... Aunque estuvieses engañada... Así, nadie gana... Sólo es triste... Puede que te parezca cinismo... Sólo trato de ser sincero... Pero que más da... Ya nada se puede remediar... Hemos ido ocupando el lugar exacto que debíamos ocupar... Y ya no podemos cambiarlo... Porque aunque lo hiciéramos nada se solucionaría... ¿Verdad? Ni siquiera puedo permitirme el cuidar de ti... Ofrecerte algo, a cambio de todo...

ALICIA.—Ya no puedes ofrecerme nada... Lo que yo necesito, forma parte de un sueño, pero ya no puedo soñar... Tengo que despertarme antes de que sea demasiado tarde... En mi sueño, tú y yo envejecemos tranquilos, sin grandes sobresaltos... Cuidamos nuestro jardín, fumigamos la parra... En mi sueño, vamos a la playa y nos damos crema el uno al otro... Y de vez en cuando, te saco una espinilla de la espalda... En mi sueño, que no termina nunca, te veo ascender en tu trabajo y me siento orgullosa de ti y de mí misma, pensando que tu ascenso es un poco por mí... En mi sueño, nada altera nuestra vida... Las imá-

genes se repiten día a día: cocinar para ti... Quitarte el libro cuando te duermes leyendo... Darte codazos en el teatro cuando comienzas a roncar... Verte refunfuñar cuando te llevo de tiendas... Ese es mi sueño... Esa es la vida que yo quería tener... En ese sueño no caben las recriminaciones, ni el olvido... Todo tendría que haber seguido igual... Intacto... Por eso ahora tengo que despertarme... Se acabó el sueño... Ahora cocino para mí sola... Cuando me compro un vestido, no tengo que convencer a nadie... Sólo me lo ve el espejo... Y este verano me aburriré sola en la playa... Y el chalet me parecerá grande y frío el próximo invierno... Todo eso forma parte de la realidad... Y aunque no me guste quiero vivirla... No podría vivir engañada... Ni fingiendo... No soy así... Prefiero esto... Me has dado lo único que podía ofrecirme... La realidad... Ni tus generosos cheques, ni tus flores, ni tus llamadas pueden cambiarla ya...

LUIS.—Te he hecho demasiado daño...

ALICIA.—Nos lo hemos hecho... Nos hemos partido en dos... ¡Y qué le vamos a hacer! Tú, ya has comenzado otra vez... Todavía tienes algo nuevo ante ti... Yo, en cambio, tengo que dar una vuelta completa a mi vida... Me ha pasado demasiado tarde... Cuando ya no podía esperar una cosa así... Mi vida estaba hecha alrededor tuyo... No me he construido un mundo aparte... Porque mi mundo, amigo a amigo, viaje a viaje, momento a momento, me lo

has ido proporcionando tú... Y ha sido ahora, al irte, cuando me he dado cuenta... Todo un mundo compuesto de pequeñas cosas, que se han ido haciendo consistentes a lo largo de los años: los libros compartidos, los cuadros que hemos colgado juntos, los recuerdos de los viajes, las fotos... Es tan difícil pasar ante esos objetos y no sentir nada... Tú puedes irte construyendo tu mundo nuevo, no tienes a tu alrededor nada que te recuerde al viejo... Y no solucionaría nada el deshacerme de todo eso... Sería quedarme sin pasado... Y no puedo permitirme ese lujo... Mi futuro no está nada claro... Y no me gusta mi presente... De momento, es lo único sólido que tengo.

LUIS.—¿Por qué no vuelves a salir de viaje?

ALICIA.—¿Para qué? ¿Para huir? ¿Para retrasar la realidad? Es mejor enfrentarse a ella cuanto antes... Cada día que dejo pasar es más difícil... Por eso quería que todo quedase zanjado entre nosotros... Así podré comenzar de nuevo... Por eso quiero que me dejes luchar sola... Sin andaderas, que más tarde me tendré que quitar... No puedo acostumbrarme a ellas... ¿Me entiendes?

LUIS.—Sí... Tú y yo siempre nos hemos entendido... Te prometo que no te agobiaré con mis cuidados... Pero no dejes de recurrir a mí si me necesitas... Soy tu mejor amigo... Y te quiero...

ALICIA.—Yo también... ¡Anda! Si tienes que firmar eso, hazlo... Quiero irme...

LUIS.—Perdona... Ahora mismo... *(Comienza a firmar.)*

ALICIA.—*(Mirando al dormitorio.)* Cuida a Inés... Ella te necesita y te quiere... Además ese niño... No puedo dejar de envidiarla... Ha tenido mucha suerte... Va a quedarse con todo...

LUIS.—Es la primera vez en toda su vida que va a tener algo entre las manos...

ALICIA.—Va a ser un gran cambio para los dos...

LUIS.—Mañana hablaré con Jiménez... Si tú quieres llevarle esto, yo po... z

INES.—OFF.—*(Les interrumpe con unos gritos angustiosos.)* ¡Luis! ¡Luis!

LUIS.—¡Espera! *(Se levanta y acude rápido al dormitorio. Al rato, aparece demudado.)* ¡Alicia! ¡Inés está caída en el cuarto de baño! ¡Es el niño! ¡Por favor, llama a un taxi! ¡A una ambulancia! ¡Voy a traerla! *(Sale.)*

(Dentro se oyen los lamentos de INES, LUIS la calma con frases cariñosas. ALICIA se ha quedado estática, sin poder reaccionar. De pronto, como un robot, busca en el listín, junto al teléfono y marca un número, en sus ojos aparecen unas lágrimas.)

ALICIA.—*(Al auricular.)* ¿Servicio de taxis?! ¡Por favor, es una urgencia...!

RAPIDO CAE EL TELON

TERCERA PARTE

SEGUNDO CUADRO DEL SEGUNDO ACTO

ALICIA E INES

«El tiempo es el mejor autor; siempre encuentra un final perfecto.» Chaplin.

(Al levantarse el telón, vemos el mismo decorado. Han pasado cinco meses desde el acto anterior. Estamos en enero. La escena está algo cambiada. En algún rincón vemos un corralito o sillita de bebé. Sobre la mesa, un gran paquete con compresas infantiles. Cerca de la ventana hay un árbol de navidad de plástico con unos cuantos adornos colocados y el resto en el suelo y en una caja, al lado. El ventanar de la cocina que da al salón, estará, en principio, cerrado. Cuando se abra, se verá ropa infantil tendida. En el mostrador de la cocina, algunos biberones y platos. Está anocheciendo y por la ventana entra poca luz. Es un día gris de invierno. En algún lugar de la li-

brería, el portaretrato de LUIS, está boca abajo. A telón bajado y mientras dura la mutación, se oirá en la sala el concierto número dos de piano de Rachmaninov. La música irá bajando su volumen, según se va levantando el telón y oiremos la voz de INES, que dentro del dormitorio, canta suavemente una canción para dormir al niño. El escenario quedará vacío un minuto, mientras la oímos cantar dentro. Luego se abrirá la puerta del dormitorio y veremos salir de él a INES, de espaldas, caminando de puntillas y mirando hacia dentro. Su aspecto es algo cansado. Lleva ropa de estar en casa y calzado cómodo. En la puerta, va bajando el volumen de su canción, hasta callarse. Se queda un rato en silencio, comprobando que la canción ha hecho su efecto. Parece satisfecha. Respira hondo y va hacia el teléfono, lo descuelga y deja el auricular sobre la mesa. Luego comienza a recoger los platos y va hacia la cocina. Abre la ventana, desde dentro, y podemos ver la ropa tendida. Tiende más prendas. Al terminar, sale de la cocina y enciende un cigarrillo, se sienta en el sofá y extiende las piernas sobre la mesa, entre la pecera y el paquete de compresas. Se siente cómoda. Degusta una amplia calada y justo cuando suelta el humo, oímos el llanto del niño dentro del dormitorio. INES, fastidiada, baja los pies de la mesa y con tono desesperado, comienza a hablar al bebé, desde el sofá.)

INES.—¡¿Es que no vas a callarte nunca?! ¡Necesito silencio! ¡Fumarme un cigarro tranquila!

¿Qué más quieres? ¿No te puedes dormir ni un ratito? ¡Aunque sólo sean diez minutos! ¡Basta! ¡No te aguanto más! ¡Eres un tirano!... ¡Pues no pienso ir! ¡Ya puedes llorar! ¡Vamos, llora! ¡Más fuerte! ¡Hasta que protesten los vecinos! ¡Hasta que se caiga la casa! ¡Anímate! ¡Tú eres capaz de hacerlo más fuerte! ¡Demuéstrale a mamaíta los pulmonazos que tienes! ¡No tienes pis! ¡No tienes caca! ¡No tienes hambre! ¡¿Se puede saber qué es lo que te pasa?! ¿Lo haces por fastidiar? ¡Calla! ¡Cállate! (Se levanta y cierra la puerta del dormitorio de un portazo. Al ratito de cerrarla, el niño se calla automáticamente. Ella escucha perpleja y vuelve a abrir la puerta, para mirar dentro, preocupada. Oímos al niño redoblar el llanto con más brío y vemos salir a INES muy irritada.) No pienso cogerte! ¡Hártate de llorar! (Señala el árbol.) ¡Mira! ¡Aún no he terminado de recoger el árbol y hace un siglo que terminó la Navidad! ¡Todo el trabajo está amontonado y tú no paras de incordiar!... ¡Estoy preparando mi cena! Porque las madres también cenan; además de preparar biberones... Tengo que preparar otra lavadora, porque encima de llorar como un energúmeno, no paras de manchar ropa... ¡Así que llora! ¡Llora todo lo que quieras, que mamaíta no se va a inmutar! ¡Ni te va a coger en brazos! ¡Cállate! ¡¡¡Cállate de una vez!!! ¡Veamos quien tiene más pulmones! (Se pone a cantar a pleno pulmón, mientras que recoge los adornos

del árbol y los va guardando en una caja. El niño le hace coro llorando también a pleno pulmón. Entre los llantos y agudos de la canción, podemos oír, débilmente, el timbre de la puerta. Al oírlo, INES se calla. El niño sigue con su llanto, aún más fuerte. INES al niño.) ¿Esperas a alguien? ¿No? ¡Yo tampoco! ¡Así que no estamos! (El timbre suena de nuevo y el niño sigue llorando.) ¡...Claro, que con esos berridos, nadie se va a creer que no estamos...! (Va a abrir.) Como sea otro vecino protestando, tú te encargarás de pedirle disculpas... (Al abrir la puerta, vemos en el umbral a ALICIA. Aunque nos cueste descubrir que es ella, porque está prácticamente oculta por un muñeco de peluche de grandes dimensiones que trae. ALICIA vestirá un elegante abrigo a juego con el vestido de debajo. Su cabello, estará algo más descuidado que en el acto anterior. Y aunque su aspecto es imponente, debemos encontrarla algo más desmejorada que en el otro cuadro.)

INES.—¡Alicia! ¡Perdona...! No me imaginaba que pudieras ser tú... Yo... Pero... Pasa, pasa... Pasa, por favor... Está todo tan desordenado... Pasa... No te quedes ahí... Debo tener un aspecto horrible...

ALICIA.—No te preocupes... Estás muy bien... Perdona que me haya presentado sin avisar... Pero es que tu teléfono casi siempre comunica... (Por el niño.) ...Está llorando...

INES.—Tranquila... Es su estado habitual... No le

pasa nada... Lo hace sólo por fastidiar... Pero siéntate... Siéntate, por favor...

ALICIA.—(Se sienta, evidentemente cortada, y al hacerlo se da cuenta de que aún tiene en las manos el peluche del bebé.) ¡Ah! ¡Toma!... Es para el crío...

INES.—(Cogiéndolo.) ...Claro...

ALICIA.—Lo vi en un escaparate y pensé que al niño le gustaría... Es muy gracioso, ¿verdad?

INES.—Sí. Muchas gracias... Le encantará... Pero no tenías que haberte molestado...

ALICIA.—No tiene importancia... ¿Estás segura de que está bien? ...Llora tan fuerte...

INES.—Cuando se lo propone, puede hacerlo más fuerte todavía... Hoy está un poco bajo de forma... Pero no te inquietes, cuando llora es porque está bien... Sólo me preocupo cuando deja de llorar...

ALICIA.—(Tímidamente.) ¿Puedo verlo?

INES.—...Sí... Claro... Pasa tu misma a darle el muñeco... Aunque está todo manga por hombro... No he tenido tiempo de hacer la habitación... (Le da el muñeco. ALICIA entra en la habitación con él. INES se queda en el umbral.) (Al niño.) ¡Mira, gamberro, lo que te han traído! ¡Y deja de llorar que tienes visita!

ALICIA.—(Oímos su voz sólo.) ¿Qué te pasa chiquitín? Que mal genio tienes... (Mientras ALICIA habla con el niño, INES aprovecha para recoger rápidamente algunas cosas de la habitación que están desordenadas.) Mira lo colorado que te estás poniendo... ¿Te gusta lo que

te he traído? ¡Mira que ojitos tiene...! Se le mueven... ¡Anda, no llores más! ¿Quieres que te coja?

INES.—(Al oír esto último, vuelve rápida al umbral.) ¡No, por favor! ¡No le cojas! ¡Eso es lo que él quiere...! ¡Déjale llorar! Que se acostumbre...

ALICIA.—Pero si a mí no me importa...

INES.—Pero a mí sí...

ALICIA.—(Saliendo de la habitación.) Perdona, yo no quería... ¡Qué grande está!

INES.—Sí... Va a ser muy alto... Es que come mucho... Siéntate, por favor... ¿Quieres un café?

ALICIA.—Por mí no te molestes... Seguramente tendrás cosas que hacer... Yo sólo he venido un momento...

INES.—No es ninguna molestia... Lo tengo hecho... (Al pasar por la habitación para ir a la cocina.) ¡Y tú! ¡Cállate! (El niño se calla.)

ALICIA.—(Que aún sigue en el umbral contemplando al niño.) ¡Se ha callado!... Cierra los ojitos...

INES.—(Desde la cocina.) ¿Respira?

ALICIA.—Parece que sí... Está muy tranquilo, abrazado al muñeco...

INES.—Eso es que está reponiendo fuerzas... De vez en cuando, da unas pequeñas treguas... Con un poco de suerte, nos dejará tomar el café tranquilas... Luego redoblará con más brío... ¡Entórnale la puerta, por favor...! ¡Enseguida sirvo el café...!

ALICIA.—¡Qué guapo es! (Entorna la puerta. Se acerca a la cocina.) ¿Te ayudo?

INES.—(Le da unas tazas.) Si quieres poner las tazas...

ALICIA.—(Coloca las tazas en la mesa y se sienta en el sofá. Repara en el teléfono.) ¡Tienes el teléfono descolgado!...

INES.—Lo hago por el niño... En cuanto lo oye se despabila... Pero luego me olvido siempre de colgarlo...

ALICIA.—¿Y si tienes una llamada?

INES.—(Viene con la cafetera, se sienta y comienza a servir el café.) No suelo tener muchas... Y si alguna es importante, ya insistirán... ¿Quieres leche?

ALICIA.—No gracias, está bien así... (Las dos mueven el contenido de las tazas con las cucharillas. Durante un rato, permanecen en silencio y beben a pequeños sorbos, evitando mirarse.)

INES.—(Tratando de ser amable.) No es muy buen café, ¿verdad? Pero por lo menos entona el cuerpo... Hoy ha hecho más frío que ayer...

ALICIA.—En esta época, no se puede esperar otra cosa... (Tras beber el último sorbo, ALICIA deja su taza.) No podía dejar que pasase más tiempo...

INES.—...Perdón...

ALICIA.—...Que no quería que pasase más tiempo sin venir a verte... Lo que pasa es que me ha costado mucho reunir el valor suficiente...

INES.—No tienes que explicarme nada... Te com-

prendo... Es lógico... Aunque no hubieras venido, yo te hubiese comprendido...

ALICIA.—No lo he hecho como una obligación, Inés... Necesitaba verte de verdad... Tener contigo una conversación normal... Pero siempre he creído que yo era la que debía dar el primer paso... *(Pausa.)* No voy a preguntarte como estás, por la misma razón que tú no me lo preguntas a mí... Es evidente que las dos estamos mal... A mí también me costó acostumbrarme...

INES.—Preferiría que no hablásemos de él... No me gusta...

ALICIA.—Sé por Juan lo que estás pasando... Y es mejor que hables... Que puedas decirle a alguien todo lo que sientes... Por eso he venido... ¿A quién mejor que a mí podrías hablar de Luis? Tú y yo tenemos muchas cosas que decirnos. A ninguna de las dos nos sirve quedarnos en casa a rumiar nuestros recuerdos... Creo que ya es hora de que dejemos de ser egoístas y nos repartamos lo poco que nos ha quedado de él...

INES.—*(Se levanta nerviosa a buscar cigarrillos.)* ¡Lo siento! ¡Pero no quiero hablar más! ¡Me parece estúpido y morboso! Es mucho mejor que cada una de nosotras trate de rehacer su vida y que olvidemos que nos hemos conocido... Tú, es posible, que tengas más cosas que te aten a él... Los recuerdos son siempre más fuertes que las ilusiones y por eso necesitas compartirlas con alguien... Incluso conmigo...

Pero yo sólo podría hablarte de ilusiones rotas, de proyectos que nunca se realizarán... ¡Y perdóname, pero no deseo compartirlas con nadie y mucho menos contigo!

ALICIA.—¿Por qué? ¿Porque fui su mujer? ¿Y tú? ¿Qué has sido tú?

INES.—¿Yo? Nada... En todo caso la madre de su hijo... Nada más...

ALICIA.—Has sido su otra mujer... ¡Igual que yo! ¡Y te aseguro que eso es algo que me cuesta muchísimo tener que reconocer!

INES.—De acuerdo... ¿Y de qué quieres que hablemos?

ALICIA.—Ya el hecho de que podamos hablar me parece importante... Sea de lo que sea... Si quieres podemos hablar del niño...

INES.—¿El niño? ¿Qué es lo que tenemos que hablar de él?

ALICIA.—...La situación del niño... Es hijo de Luis... Evidentemente no podemos darle sus apellidos, pero... *(Ante la risa de INES.)* ¿De qué te ríes?

INES.—Perdona... Pero esa preocupación por los apellidos... Me hace gracia, no lo puedo remediar... Nunca he pensado en los apellidos de mi hijo... Lleva los míos... Y para ponerlos en un carnet de identidad, no creo que estén tan mal...

ALICIA.—Pero si Luis no se hubiera...

INES.—Ya nada se puede hacer...

ALICIA.—Quizás me he expresado mal... Puede que no sea una cuestión de apellidos... El niño

tiene unas necesidades que cubrir, unos estudios... Si Luis hubiese arreglado los papeles del divorcio, todo estaría solucionado...

INES.—Pero no ha sido así... Estoy segura de que podré apañarme y conseguiremos salir adelante... Si es eso lo único que querías decirme, no hace falta que hablemos más.

ALICIA.—Hay más cosas que tienes que saber: Por ley, en estos momentos, soy la viuda de un señor que no vivía conmigo... Por ley, estoy cobrando la pensión de un señor que había prescindido de mí... Según la ley, tu hijo es el hijo natural de mi difunto esposo... Por mi educación, por mis principios, todo eso me tiene que parecer lógico, incluso debería sentirme satisfecha; pero yo me siento mal... No me gusta la posición en que quedo ante ti... Yo sé que Luis no estaría de acuerdo con ella. Por eso estoy aquí... Tú y yo tenemos que reconsiderar esto mano a mano... Aunque sólo sea por lo mucho que las dos le hemos querido...

INES.—¡Muy bien! Empieza por donde quieras... ¿Qué has pensado respecto a la educación de mi hijo? ¿Tiene que ir también a los maristas como fue su padre?

ALICIA.—Nunca se me ocurriría decirte cómo tienes que educar a tu hijo... Yo sólo quiero hablarte del factor económico... Para que puedas atender debidamente al niño, yo estoy dispuesta a enviarte todos los meses...

INES.—¡Déjalo, por favor! ¡No quiero oír ni una palabra más!

ALICIA.—¿Pero por qué? ¡Yo sólo pretendo...!

INES.—¡Ser generosa! ¡Lo sé! ¡Pero da la casualidad de que estoy harta de tu generosidad! ¡Puedes guardártela! ¡Yo nunca te la he pedido! ¡Nunca he tenido a Luis por culpa de tu generosidad...! Sí. ¡Tu generosidad me parece repugnante! Y ahora pretendes que mi hijo se mantenga a costa de ella... ¡Pero no lo pienso permitir! ¡Esta vez no! ¿Por qué lo haces? Luis no va volver... Ni podrá agradecerte tanta entrega... ¡Olvídate de mí! ¡Olvídate del niño, por favor! ¡Tienes que entender que tú serías la última persona del mundo a la que recurriese! ¿O es que me ofreces ese dinero por escrúpulos? No los tengas... Te aseguro que nadie se merece esa pensión mejor que tú... Tú has aguantado los años difíciles. Has soportado estoicamente sus continuas frustraciones y sus cabreos más tiempo que yo... No tienes por qué hacerle ascos a algo que te has ganado por derecho... Yo sólo he sido la amante de tu marido... Y el niño un accidente... ¡Nada más! Lo hubiera tenido con Luis o con cualquier otro... Un error lo tiene cualquiera...

ALICIA.—¡Cállate! ¡No te hagas la cínica conmigo! Tú tuviste ese hijo a conciencia... Sabías lo importante que era para Luis... No pretendas negarlo ahora... ¡Sé sincera!

INES.—¡Ya lo soltaste! ¡Menos mal! ¡Creí que nunca tendrías el suficiente valor para echármelo

en cara! Pero te equivocas... Nunca pense en tener un hijo con él... Fue un accidente... Un lamentable accidente... Suele pasar mucho cuando una se lía con un hombre casado... Como nunca sabes cuando podrás acostarte con él, tienes más dificultad para prevenir esos accidentes... Pueden pasar meses hasta que salga un viaje... Entonces son varios los días de peligro... Pero esperas que nunca pase nada y te confías al santoral... No merece la pena prepararse para disfrutar sólo unas pocas veces al año... Casi siempre a salto de mata... ¡Sí! ¡No me mires así! ¡No es tan fácil, ni tan romántico como te imaginas!... A veces tienes que hacerlo en un parking, en el mismo coche...

ALICIA.—(*Coge su bolso y se levanta para marcharse.*) ¡No quiero oír una sola palabra más! ¡No has entendido en absoluto para qué he venido...!

INES.—(*Frenándola. Hace que se siente.*) ¡Claro que lo he entendido! ¡Siéntate y escucha! ¿No querías que compartiésemos los recuerdos? ¡Pues ahí los tienes! Los míos son burdos... tristes y no me siento especialmente orgullosa de ellos... (*Enciende un cigarro por el filtro y al darse cuenta lo espachurra con rabia en el cenicero.*) ¡Mierda! ¡Siempre los enciendo al revés! (*Enciende otro.*)

ALICIA.—(*Tiene la mirada baja. Se aferra a su bolso como a una tabla de salvación. Habla mientras se mira la punta de los zapatos.*) ...En-

tonces... ¿Estás arrepentida de haber tenido al niño?

INES.—¡Qué estupidez! ¿Cómo voy a estar arrepentida?... Es lo único que tengo... Esos bebés... Desde que nacen se te agarran más fuerte que cuando los llevas dentro... ¡Le quiero mucho! Y le necesito tanto como él a mí... Pero, para qué voy a explicarte algo que estoy segura que no puedes comprender... (*Inmediatamente, al ver llorar a ALICIA, se da cuenta de que ha metido la pata. Se arrodilla rápido junto a ella y le estrecha las manos.*) ¡Perdona! ¡Perdóname! Estoy muy nerviosa... No sé lo que me digo... No he querido hacerte daño... Lo siento... Fuera de mi trabajo, nunca he tenido nada... Nada mío... Sólo el niño... Y un poco a Luis...

ALICIA.—Luis se vino a vivir contigo sólo por el niño...

INES.—¡También sabes hacer daño...! (*Se sienta de nuevo.*) Es posible... Pero a mí lo único que me importa es que se vino conmigo... Con eso me conformo... Prefiero pensar que lo hizo porque me quería... O que lo hizo porque estaba en un momento crucial... Yo representaba una esperanza... Quizás se vino por eso... Tengo que agarrarme a algo... Igual que tú te agarras a lo del niño... Es una forma de justificar las cosas... ¿Quieres más café?

ALICIA.—Sí. Gracias... (*INES va a la cocina a por más café. Se lleva la cafetera. ALICIA se levanta y mira por el ventanal, luego se fija en la li-*

brería y descubre el retrato boca abajo de LUIS. Lo levanta, lo mira en silencio y lo vuelve a dejar como estaba. Se sienta y repara en la pecera. INES entra con la cafetera llena y sirve a las dos.) ¿Has tenido peces? La otra vez que estuve aquí, también me fijé en esta pecera...

INES.—Los tuve... Eran dos peces rojos... Tenían hasta un nombre... Desde pequeña me han gustado mucho los peces... Una mañana los encontré flotando... Me impresionó mucho... Desde entonces, he querido dejar la pecera a la vista para no olvidarlos y así no caer en la tentación de comprar otros... No he querido sustituirlos... *(Las dos beben su café.)*

ALICIA.—*(Tras una larga pausa.)* ¿Sabes? A veces pienso que Luis no nos quería a ninguna de las dos... Que él sólo se quería a sí mismo... Puede que lo piense para consolarme...

INES.—No te creas que vas muy descaminada... Yo también lo pienso con frecuencia...

ALICIA.—¿Es por eso por lo que no has dejado a la vista el retrato de Luis? ¿Piensas sustituirle?

INES.—Me gustaría hacerlo, de verdad... Necesito enamorarme... Gustarle a un hombre... Entre el embarazo y lo de Luis, me siento como si me hubiese arrebatado algo como mujer... Quiero sentirme mujer de nuevo... Quizás por eso haya dejado su foto boca abajo... Quizás sea porque me duele verle...

ALICIA.—Aquella tarde... La del parto... No me porté bien... Os dejé solos con todo el problema...

INES.—Bastante hiciste con llamar al taxi...

ALICIA.—No, debí haberme quedado... Pero no pude... Aquel momento fue muy duro para mí, pero me sirvió para abrirme los ojos... Si no os hubiese visto juntos aquella tarde, hubiese seguido esperando un milagro... Dejé de ilusionarme con la idea de verle aparecer por casa cualquier día, con los ojos bajos, diciéndome que lo vuestro había sido una equivocación... Al día siguiente comencé a vivir de otra forma... Se acabó para mí seguir preparando su ropa a diario... Me pasaba las horas muertas cepillando sus trajes, ordenando sus cajones... Amontonando su correo en la mesa de despacho... Ya os había visto juntos... Te había visto a ti... Con tu tripa... Ya no tenía sentido tratar de imaginarme vuestras conversaciones... Ya no volví a molestaros con llamadas inoportunas... Llamaba y colgaba cuando tú lo cogías... Y me quedaba escuchando en silencio la voz de Luis, cuando lo cogía él...

INES.—Siempre estuve segura de que eras tú la autora de aquellas llamadas... Luis decía que eras incapaz de hacer algo así...

ALICIA.—También lo pensaba yo antes de llamar la primera vez y me sentí avergonzada de caer tan bajo... Pero no dejé de hacerlo... Oía vuestra voz y sabía que os interrumpía... Con eso me conformaba... Aunque nunca tuve el valor de insultarte y confieso que lo habría hecho encantada... No creí que fuese tan primaria...

INES.—Y si hubiese vuelto Luis a casa, ¿le habrías admitido sin más?

ALICIA.—Sí. Me hubiese mostrado digna, al principio, ofendida, pero feliz... Muy feliz... Es tan cruel la soledad... Me hubiera arrastrado si hubiese hecho falta con tal de tenerle de nuevo... Probablemente te doy asco... Yo también me lo he tenido... Pero sólo al principio... Es más importante la supervivencia que los escrúpulos... Ya ves... Aquella tarde me los trague todos para venir a veros... Sabía que se acercaba la fecha del parto y nadie me decía nada... Luis había dejado de hacerme sus llamadas diarias... Y yo en casa me moría de curiosidad... Necesitaba ver lo que estaba pasando aquí... Y utilicé el pretexto de los papeles del abogado... Según venía a tu casa, pensaba en ti, y en que quizás tu embarazo fuese falso... Un truco... Vine dispuesta a arrancarte una almohada de la tripa... Como ves estuve esperanzada hasta el final... Tú me hiciste una demostración en vivo de lo imbécil que fui...

INES.—Yo también pensé mucho en ti durante todo ese tiempo... He tenido remordimientos, ira por tus llamadas, compasión... Asco por tu pasividad... Han sido muchos los sentimientos que me has producido en este tiempo... ¿Crees que Luis habrá tenido sus pensamientos repartidos entre las dos?

ALICIA.—Estoy convencida... Probablemente lo ha

pasado peor que nosotras... (*Ólfatea el ambiente.*) ...¡Huele... Huele como a...!

INES.—¡¡¡Los huevos!!! (*Se levanta rápida y va a la cocina. ALICIA va tras ella.*) ¡Están ardiendo! (*Vemos una llamarada dentro de la cocina.*) ¡La ropa! (*Sale asustado de la cocina.*)

ALICIA.—(*Entra rápido en la cocina y suponemos que utiliza un trapo mojado. INES se ha quedado estática. Asustada.*) ¡Tranquila! ¡Con un trapo mojado se apaga! ¡Ya está! (*Sale con un cazo en la mano que sujeta con un trapo.*) El cazo ha quedado hecho un asco y los huevos se han quemado... Pero no ha pasado nada más...

INES.—(*Rompe de pronto a llorar histéricamente, como si con los huevos, le fuese la vida. Se deja caer en el sofá.*) ¡No! ¡No! ¡Maldita sea!

ALICIA.—(*Deja el cazo sobre el mostrador de la cocina y va tras ella. La sujeta por los hombros.*) ¡Vamos! ¡Cálmate, mujer! Pero si no ha pasado nada...

INES.—(*Hipando como una niña pequeña.*) ¡Se han quemado! ¡Se han quemado! ¡Ha podido arder todo! ¡Ha podido arder la casa! ¡Nunca me fijo en las cosas! ¡Soy un desastre! ¡Lo estropeo todo!... ¡El niño...! ¡Podía haberse quemado!

ALICIA.—No ha sido nada... Cálmate... Un pequeño accidente, pero nada más... No llores, mujer... No puedes llorar por una tontería así... ¡Vamos, no seas tonta!

INES.—¡Déjame! ¡Quiero llorar!

ALICIA.—(*Se da cuenta de que INES necesita desa-*

hogarse y la abraza, lo que hace que INES llora más fuerte todavía. ALICIA llora también.) Ya... ya... (ALICIA, se calma, ve las compresas infantiles y coge una. Le ofrece un trozo a INES, al partirla el relleno, en forma de copos, se sale de la compresa. Al verlo y sentir que están ridículas con su trozo de compresa cada una, comienzan a reírse. Primero con suavidad y luego a carcajadas.) ...Estamos aquí con la lágrima puesta y tu hijo se nos puede unir en cualquier momento... Nos hemos puesto hechas un asco... Vaya con las compresas... En mis tiempos, con los picos, esto no hubiera pasado... (ALICIA se levanta y mira dentro del dormitorio.) No parece que se haya enterado... Está muy tranquilo... ¿Cómo se llama?

INES.—(Más compuesta.) Luis... ya ves... Soy muy poco original...

ALICIA.—(ALICIA ha metido el cazo en la cocina y toca la ropa.) ¿Quieres que te eche una mano... Esta ropa está casi toda seca...

INES.—¡Déjalo, no te molestes... Ya lo haré yo luego... Tú tendrás muchas cosas que hacer... (Se levanta y va a la cocina.)

ALICIA.—¡Que va! ¡Hace mucho que no tengo nada que hacer! (Vemos por el ventanal como comienza a quitar la ropa tendida.)

INES.—Me gustaría invitarte a cenar... Pero no creo que pueda ofrecerte nada... ¿Si te parece, llamo y pido que nos traigan una pizza?

ALICIA.—(Le va dando la ropa que quita de la cuerda.) No gracias! La última pizza de encargo

que tomé fue en esta casa y tardé mucho en digerirla... Por mí no te preocupes, no tengo hambre...

INES.—(INES entra en la cocina, ALICIA sale de ella con el resto de la ropa. La coloca en el sofá, donde INES dejó la otra.) ¡Me parece que ayer compré unas judías verdes! ¿Te gustan?

ALICIA.—Me encantan... Ayudan a conservar la línea...

INES.—(Aparece con un paquete.) Lo siento... Me olvidé de pelarlas... No tengo ni idea de cómo organizar una casa... Siempre me falta tiempo o me olvido de las cosas, o me sobra comida... Es lo único que me queda en la nevera...

ALICIA.—Pues si me das un cuchillo en un momento están listas... (Coge el paquete. Señala la ropa.) Mientras tú puedes ir doblando esto...

INES.—¿No te importa?

ALICIA.—¡Claro que no!

INES.—(Trae rápida un cuchillo de la cocina y una fuente. ALICIA se sienta en el sofá y coloca el paquete sobre la mesa y la fuente sobre su falda. Comienza a pelar judías.) Gracias... (Se sienta a su lado a doblar la ropa; lo hace con muy poca maña. Mientras observa como ALICIA pela las judías con maestría. Tras una pausa.) De pequeña, cuando mi madre pelaba las judías, me gustaba comerme los moraditos...

ALICIA.—¿Los moraditos?

INES.—En mi pueblo se les llama así a las semillas... Mis padres eran labradores... Como se me daban bien los libros, mi padre me mandó

a estudiar aquí a Madrid... Vivía con unos tíos...

ALICIA.—¿Vas mucho por el pueblo?

INES.—No he vuelto desde que murieron mis padres... ¿Y los tuyos? ¿Viven?

ALICIA.—Sólo mi madre... Vive en Salamanca con mi hermana mayor... Cada año viene menos... Le cuesta separarse de los nietos... Mi hermana tiene tres chicos...

INES.—¿Sientes no haber tenido hijos?

ALICIA.—Ahora sí... Si ahora tuviese que ocuparme de un crío, me sentiría más útil. Estoy acostumbrada a ser necesaria. Pero antes no me fijaba en los niños. Luis llenaba por completo mi vida... Pero era un Luis muy diferente del que tú has conocido. Aún no estaba decepcionado y tenía fuerzas para luchar...

INES.—¿Sabías que estaba tan amargado?

ALICIA.—¡Claro que sí! Aunque él tratase de disimularlo... Es muy difícil engañar a una mujer... Lo vemos todo enseguida... Y en los últimos años he podido ver como se iba apagando... Como se dejaba comer la moral... Ha sido utilizado por la empresa, ha aguantado chaparrones, zancadillas... Soportaba todo con la mejor de sus sonrisas... Espero que, por lo menos, estos últimos meses con vosotros y con la perspectiva de Barcelona haya sido algo más feliz...

INES.—¡No lo sé! Realmente no lo sé... El parecía feliz aquí en casa... Aunque tampoco he tenido demasiado tiempo para averiguarlo... El niño

no me dejaba ni un minuto libre... Me faltaban horas para cambiarle, bañarle, alimentarle... Luis, estaba con nosotros... Pero como si fuese un invitado... No participaba en casi nada... Yo no pude hacer mucho Alicia... Todo ha sido tan rápido... Yo pensaba ocuparme de él después... Pero no ha habido ningún después... No le he atendido...

ALICIA.—Probablemente no habría dejado que le atendieras. Cuando se trataba de su trabajo, siempre se cerraba en banda...

INES.—Conmigo no... Nunca lo había hecho...

ALICIA.—Porque trabajabas a su lado y podía estar al tanto de todo... Al quedarte en casa ha estado haciendo contigo lo que siempre ha hecho conmigo...

INES.—Sé que el crío no ha contribuido a mejorar las cosas... Mi carácter ha cambiado mucho desde que nació... Pero nunca creí que eso llegase a afectarnos a Luis y a mí... Si no hubiera sido por mi hijo, me habría vuelto loca el día que Luis murió... Cuando volví del depósito, estaba dormido en brazos de una amiga... Le había costado mucho dormirle, pero no me importó... Le desperté y le hice llorar... Parece mentira, pero oírle llorar fue lo que más me consoló...

ALICIA.—Cuando me avisaron que Luis había muerto... ¿Sabes en lo único que pensé?

INES.—No... Yo pensé en tantas cosas...

ALICIA.—Pensé que el infarto le había dado a tu lado. Y sentí celos... Ya ves que estúpida...

Sólo pude pensar en eso... Sólo me tranquilicé cuando me enteré que le había pasado en el ascensor de la oficina...

INES.—Yo sentí algo parecido... Cuando me llamaron no sé por qué pensé que le había pasado en tu casa... Y te odié... Cuando le vi allí tirado en el suelo del ascensor, aferrado a su portafolios y con los papeles caídos a su alrededor... Me di cuenta de que hubiera sido mejor que muriera en tu casa...

ALICIA.—No sabía que le fuiste a ver...

INES.—Sí. Aunque no debí hacerlo... Estoy tan cerca de la oficina que cuando me llamaron salí corriendo... Dejé al niño con el conserje y llegué a tiempo de verle... El juez tardó mucho en llegar... No dejaron que nadie tocara nada... Nunca olvidaré la expresión de su cara... Había tanto miedo en sus ojos...

ALICIA.—No debemos hablar de eso ahora... Ya ha pasado... Fue algo de lo que debimos hablar cuando nos vimos en el depósito, en lugar de mirarnos en silencio como dos fieras que se vigilan...

INES.—Hemos desperdiciado tanto tiempo... Los tres...

ALICIA.—Sí... Todos, de una forma u otra, hemos perdido tanto... El se ha ido destruyendo poco a poco, con el único objetivo de ir quedando bien ante los demás para poder conseguir... nada... Tú y yo... Aquí estamos, solas... Sin saber exactamente que puesto hemos ocupado en su vida... Un puesto por el que nos hemos

peleado, sin saber realmente si queríamos ocuparlo...

INES.—*(Tras una pausa larga. INES se levanta con la ropa doblada en las manos.) ¡Voy a dejar esto a la habitación! De paso echaré una ojeada... ¡Me tiene asombrada...! (INES va a la habitación. ALICIA toma una semilla de las judías verdes, la mira, la mastica y sonríe. INES sale del dormitorio y va a la cocina, trae un escurridor de verdura y otro cuchillo.) ¡Está frito! ¡Menuda noche me va a dar! ¡Anda! ¡Dame unas cuantas, entre las dos acabaremos antes...! (Se sienta, coloca el escurridor sobre sus piernas y coge unas judías que le ofrece ALICIA, comienza a pelarlas.)*

ALICIA.—Ya quedan pocas... ¿Sabes? Están muy buenos los... *(Le muestra una semilla.)*

INES.—*(Cogiéndolo y echándolo a la boca.) ...Moraditos... ¿Verdad que sí?... (Pausa.)* Juan os quiere mucho... Yo nunca creí que alguien se portase tan bien conmigo, sin mediar ningún interés... Adoraba a Luis...

ALICIA.—Sí. Siempre ha estado a nuestro lado... Hace tantos años que nos conocemos...

INES.—Vivió con vosotros, ¿verdad?

ALICIA.—Sí. Le alquilamos una habitación en nuestro piso. El hacía las prácticas en el hospital que había enfrente de casa... Llegó a nosotros en un momento muy oportuno... Llevábamos un año casados, Luis representaba un producto que fue un auténtico fracaso: un tapón universal, que servía para cualquier desagüe. Nos

salvó con aquellos paquetes llenos de matanza que le enviaban del pueblo... Las proteínas volvieron a entrar en nuestras vidas, en forma de espléndidos chorizos de cerdo ibérico... Ya ves, en cierto modo, le debo la vida... Es maravilloso... Yo siempre le he querido como a un hermano... Y Luis... Si les hubieses visto en aquellas interminables partidas de ajedrez... Hubo un época en la que intenté casarle con todas mis amigas... ¡Al él! ¡Imagínate! ¡Metí la pata mil veces!

INES.—*(Se sacude las manos, pues ha terminado con las judías, casi al mismo tiempo que ALICIA. Se come un moradito, ALICIA la imita y se ríen las dos.)* ¿Que tal si las cocemos? ¿No crees que estarán más tiernas?

ALICIA.—Ponlas, porque como sigamos así, no dejaremos ninguna...

INES.—Voy... *(Se levanta y las lleva a la cocina, mientras tanto ALICIA va a encender un cigarrillo, pero se arrepiente.)*

INES.—*(Desde la cocina.)* ¡Espero que no se quemen también! ¡Sólo te podría dar un potito! ¡Mira a ver como está ese gamberro!

ALICIA.—*(Se asoma al dormitorio.)* Sigue durmiendo... Tiene el ceño fruncido... Está tan guapo...

INES.—*(Se acerca al umbral secándose las manos con un paño.)* ¿Tú crees que es guapo?

ALICIA.—Todos los críos lo son... Este es precioso... ¿Crees que se parece a Luis?

INES.—No lo sé... Yo no sé encontrar parecidos

con los niños... En el ceño sí se parece a Luis... Cuando dormía lo fruncía también... *(Cierra la puerta del dormitorio y vuelven a sentarse.)* Aunque yo creo que éste lo frunce porque le debe cabrear eso de dormirse y no molestar... Pero no veo más rasgos de Luis en él... Me pasa algo muy curioso... Los rasgos de Luis se me desdibujan... A pesar del poco tiempo que hace... ¿Verdad que es extraño? Estoy segura de que tú no has olvidado ninguno de sus rasgos...

ALICIA.—No... Yo tengo diferentes imágenes de su cara... La he visto transformarse a lo largo de los años... Su última expresión es la que se me borra más... En cambio le recuerdo cuando tenía veinte años... Su cara de veinte años... Cuando le conocí... Subido en aquél banco de la facultad. Incitándonos a todos a la manifestación... Hemos corrido tantas veces juntos delante de los grises...

INES.—*(Ofreciéndole un cigarrillo.)* ¿Quieres?

ALICIA.—No, gracias... Tengo que dejarlo de una vez...

INES.—*(Encendiendo el cigarrillo.)* ¿Te puedo hacer una pregunta? *(ALICIA asiente.)* ¿Qué has hecho en estos últimos cinco meses? Ya sé que has viajado, ¿pero cómo has llevado todo en este tiempo?

ALICIA.—Mal... Me he ido resignando poco a poco... Y vengándome a mi manera... Vosotros erais felices aquí... Pues yo trataba de serlo tirando el dinero a manos llenas... Era una pe-

queña revancha... Renové todo mi armario... Cambié de peinado... Incluso me apunté a unas clases de danza... ¡Qué forma de hacer el ridículo! No soy mucho más mayor que Jane Fonda, pero te aseguro que en maillot no tenemos nada que ver... Claro que me consuelo pensando que ella debe estar horrible en traje de fallera...

INES.—(Riendo.) ¿Y para qué hacías todo eso?

ALICIA.—Para volver a sentirme mujer... Para recuperar mi seguridad... ¡Ya sabes! Si quieres gustar, primero tienes que gustarte a ti misma... Y yo no me gustaba nada... Necesitaba un revoque... Yo quería volver de nuevo a la circulación...

INES.—¿Lo conseguiste?

ALICIA.—...Algo... Por lo menos dejé de estar aparcada... Me fui a Italia, luego a París... Fueron dos meses muy intensos... Por lo menos, noté que los hombres se interesaban por mí...

INES.—¿Y tú?

ALICIA.—Nada... Lo intenté, pero nada... A todos les ponía pegas... ¿Sabes? A mí el buen gusto se me ha afinado con los años... Me gustan los hombres muy atractivos y los que se acercan a mujeres de mi edad, hace tiempo que han dejado de serlo... Y los que aún lo son, buscan otra cosa... Es triste, pero es así...

INES.—¿Has vuelto a...?

ALICIA.—¿A acostarme?

INES.—Sí... Perdona, no tienes que contestarme...

ALICIA.—No te preocupes... Si no me importa con-

tarlo... Lo he hecho... Es algo a lo que me obligué... Imagínate, Luis había sido el único hombre de mi vida... Yo tenía que probar... Quizás con otro hombre sería más feliz... Vería iluminarse campanitas a mi alrededor... Así que lo intenté...

INES.—¿Y qué pasó?

ALICIA.—¡Que no hubo campanitas! ¡Ni siquiera cascabeles! Fue como comerme un sandwich de foiegras... ¿Te ríes? Vosotras las jóvenes tenéis todo esto muy superado... Por eso no le dais importancia... Yo, en cambio, la primera vez, creí que me moría de vergüenza... Luego ha sido más fácil todo... Cuando me he hecho a la idea de que las campanitas suenan aquí (*Señala su frente.*), si tú realmente quieres oírlas... Ahora estoy saliendo con un hombre...

INES.—¿De verdad?

ALICIA.—Sí. Es arquitecto... Está divorciado... Ya tiene nietos...

INES.—¿Te gusta?

ALICIA.—Bueno... Es confortable... Tan confortable como unas zapatillas de lana cuando traes los pies fríos de la calle...

INES.—¿Piensas volverte a casar?

ALICIA.—No... Ninguno de los dos estamos interesados... Pero tengo con quien charlar... Alguien que me lleve al cine...

INES.—Yo también tengo que empezar de nuevo... Pero aún no sé cómo hacerlo...

ALICIA.—Necesitas salir...

INES.—Tengo suerte... El mes que viene comienzo a trabajar de nuevo...

ALICIA.—¿Sí?

INES.—En la empresa... No será el mismo puesto, pero...

ALICIA.—Eso es estupendo...

INES.—Sí... Por lo menos volveré a estar distraída y apenas si tendré tiempo para pensar en otra cosa...

ALICIA.—¿Y el niño?

INES.—Lo mandaré a la guardería... No tengo más remedio... Tengo que ganarme la vida...

ALICIA.—Si se trata de dinero ya...

INES.—¡No, de verdad! ¡Gracias! No se trata sólo de eso... Tengo que hacer algo... Algo que me permita tener seguridad... Cuando trabajaba me sentía segura... Siempre he sido muy eficaz... No seré nunca una buena ama de casa. Prefiero volver al trabajo... Volvería aunque no lo necesitase para comer. Puede ser mi tabla de salvación...

ALICIA.—Aún me acuerdo de los días de mi santo... La de ramos de flores que me habrás enviado a casa...

INES.—¡Es verdad! Luis siempre lo olvidaba... Era el veintitrés de junio, ¿verdad?

ALICIA.—Sí! ¡Y el tuyo el veinticinco de enero...! Todas las cajas de bombones que te daba Luis, te las compraba yo...

INES.—Siempre me extrañó que se acordase... Tiene gracia... Tú y yo obsequiándonos durante todos estos años... Sin saberlo...

ALICIA.—O sabiéndolo a medias... Todo por él...

Las dos le hemos querido mucho...

INES.—Sí. En eso verdaderamente ha sido un hombre de suerte... En lo demás... ¡Ni siquiera Barcelona! Yo me enteré por una compañera, pero esperé a que me contase como le habían quitado el puesto... Una tarde, estábamos bañando los dos al niño... De pronto, sin mirarme, dijo: «Me parece, Luisito, que de momento te quedas sin conocer Las Ramblas...» Le miré, pero le siguió hablando sin inmutarse... «¡Qué coño se nos ha perdido a nosotros en Barcelona, ¿verdad?!...» No volvimos a tocar el tema...

ALICIA.—Su eterna afición a digerir los problemas el solito... Era el hombre y, por lo tanto, el encargado de resolver los problemas... ¡Qué estupidez!

INES.—...Hubiéramos sido tan felices en Barcelona... ¡Estoy segura! En cambio, siguió acudiendo a la oficina... Con su portafolios, lleno de planificaciones ajenas, de órdenes que él nunca hubiese dado... Aguantó a los delegados, a los directores generales, a los japoneses... Las comidas de negocios, los congresos... Mientras se iba vaciando lentamente... Se murió sin nada dentro, Alicia... Nunca ha hecho nada a gusto...

ALICIA.—Nunca... Quizás correr delante de los grises... Hace tanto tiempo...

INES.—Vamos a poner la mesa antes de que ese monstruo se despierte... *(Van hacia la cocina,*

INES *pasa dentro y le pasa los útiles por el ventanal a ALICIA.*) Ayúdame, por favor... Toma el mantel...

ALICIA.—*(Pone la mesa de espaldas a INE.)* ¿Pienzas seguir viviendo aquí...?

INES.—¡Claro! No es muy confortabel para el niño... pero no es caro y me pilla muy cerca de la oficina...

ALICIA.—Es que... Te parecerá una locura... Pero... ¿Por qué no os venís a vivir conmigo al chalet...?

INES.—*(Entra en la sala con unos cubiertos en la mano que deja sobre la mesa. Perpleja.)* ¿Al chalet? Pero eso... Eso es...

ALICIA.—Ya lo sé... ¡Una locura! Cualquiera que me oiga, pensaría que estoy loca... Que no debo proponerte una cosa así... Pero piénsalo... A las dos nos vendría muy bien vivir juntas... Tú quieres trabajar... Necesitas trabajar y, por lo tanto, el niño debe ir a una guardería... Yo estoy sola todo el día... El chalet es inmenso... Hay un jardín en el que tu hijo disfrutaría... Lleno de sol... Yo podría cuidar de él mientras tú trabajas... Sería una forma de ayudarnos las dos...

INES.—*(Nerviosa.)* Eres muy generosa, pero... *(Va a marchar a la cocina de nuevo, ALICIA se lo impide sujetándola las manos.)*

ALICIA.—¡No! ¡Espera! No es generosidad... Vuelves a confundirte conmigo... Si te he propuesto eso, es por egoísmo... No tienes que agradecerme... No quiero estar sola... No sé vi-

vir sola... Lo he intentado y no sé hacerlo... Quiero que alguien me necesite... Tú me necesitas... El niño necesita una casa con más comodidades... Yo nunca he cuidado a un crío, pero no creo que sea muy complicado hacerlo... No es un proyeto tan descabellado... Si no nos fuera bien... Lo dejaríamos... Tú conduces, podrías usar el coche de Luis para venir al trabajo... Así verías al niño en las comidas... Piénsalo... Ninguna de las dos perdemos nada por intentarlo.

INES.—*(Zafándose, va hacia la ventana.)* Lo siento... No quiero... No me parece... No sé... Tú y yo juntas... ¡Es ridículo!

ALICIA.—¿Por qué es ridículo? Si no nos hubiésemos conocido por causa de Luis, no seríamos más que dos viudas que deciden vivir juntas para ayudarse... En nuestro caso, la única diferencia, es que las dos somos viudas del mismo hombre... Y eso ,hasta puede facilitar las cosas... Tenemos algo común que compartir... *(Le muestra el retrato de LUIS.)* ¡Aunque sólo sea su imagen!... Piénsalo, por favor... No tienes que contestarme ahora... Puedes hacerlo mañana o dentro de unos días... Yo no interferiré en tu vida... Podrás entrar y salir a tu antojo... Será bueno para los tres... Eres muy joven aún... No puedes encerrarte entre estas cuatro paredes con el niño... Necesitas que alguien te eche una mano... Igual que yo... Prométeme que lo pensarás...

INES.—Está bien... Te lo prometo... Pero no me

hables más del asunto ahora... No sabría como responderte... *(Va hacia la cocina, antes de entrar, se vuelve a ALICIA.)* ¡De todas formas...! Decida lo que decida... Quiero darte las gracias... Sé que me estás ofreciendo tu amistad... *(Se vuelve y entra rápida en la cocina. Habla desde allí.)* ¿Te gustan con aceite y vinagre?

ALICIA.—¿El qué?

INES.—¡Las judías!

ALICIA.—Me da igual... Como las tomes tú...

INES.—En el mueble debe haber una botella de vino... ¡Fue la última que compró Luis! En el cajón hay un sacacorchos... Ve abriéndola, por favor...

ALICIA.—*(Busca la botella y el sacacorchos. Mira la marca de la botella.)* ¡Es un buen vino! ¡Nos podemos emborrachar si nos la bebemos entera...! *(En ese momento el niño comienza a llorar de nuevo.)* ¡Vaya! ¡Le hemos despertado!

INES.—*(Vuelve de la cocina con copas. Mientras, ALICIA descorcha la botella.)* ¡Aquí están las copas!

ALICIA.—*(Por el niño.)* ¿Quieres que vaya a ver que le pasa?

INES.—No, déjale llorar... Así sabrás muy bien qué es lo que te propones meter en tu casa... Si le oyes un buen rato, seguro que retiras tu oferta...

ALICIA.—¡No me molesta! Siempre será mejor oír a ese berreón que escuchar mis pisadas...

INES.—*(Extendiendo la copa, ALICIA le sirve y se*

sirve. El niño redobla el llanto.) ¡Di que sí, hijo! ¡Mas fuerte!

ALICIA.—¡Eso! ¡Más fuerte!

INES.—*(Alza la copa.)* ¡Por los pulmones de mi hijo!

ALICIA.—*(Alza su copa también.)* ¡Porque nuestros oídos puedan soportarlo!

(Mientras beben, el niño llora en do mayor, subiendo el volumen. Muy lentamente va cayendo el...)

TELON

LA AVISPA
Colección Teatro

0. SOIS COMO NIÑOS, *Alberto Miralles* (Juvenil). 100 ptas.
1. LA ESTANQUERA DE VALLECAS, *Alonso de Santos*. 200 ptas.
2. 7.000 GALLINAS Y UN CAMELLO, *Jesús Campos*. 250 ptas.
3. CLAVES DE VACIO. EL CAMERINO. *Miguel Medina Vicario*. 200 ptas.
4. EPILOGO. MAZURCA. ANTIGONA... CERDA!, *Luis Riaza*. 300 ptas.
5. LA IMAGEN. ESTE JEFE NO LE TIENE MIEDO AL GATO. NUESTRO NORTE ES EL SUR, *José Ricardo Morales*.
6. UN OLOR A AMBAR, *Concha Romero*.
7. NO HEMOS PERDIDO AUN ESTE CREPUSCULO. QUEMADOS SIN ARDER, *F. Martín Iniesta*.
8. EL JARDIN DE NUESTRA INFANCIA, *A. Miralles*.
9. YO, MARTIN LUTERO, *R. López Aranda*.
10. LAS ALUMBRADAS DE LA ENCARNACION BENITA, *D. Miras*.
11. TIEMPOS MUERTOS, *J. López Mozo*.
12. DON JUAN TENORIO, versión *A. Amorós*.
13. LOS CONVERSOS, *Solly Wolodarsky*.
14. HAY QUE DESHACER LA CASA. *S. Junyent*.
15. CONVIDADO A VIVIR, *M. Rodríguez*.
16. MELODRAMA VERIDICO DE BURRI DE CARGA. FARSA INMORTAL DEL ANIS MACHAQUITO, *F. Benítez*.
17. FUNCION DE LIMITES, *J. Ríosalido*.
18. EL BANQUERO Y EL TEATRO, *José M. Bustos*.
19. JOAQUIN MUÑOZ EN CASA DE LAS MASCARAS, *F. Benítez*.
20. «SEÑORA DE...», *S. Junyent*.

COLECCION ENSAYO

1. 23 MONOLOGOS PARA ESTUDIANTES, comentados por Directores y Actores, recopilados por *A. Miralles*.
2. INICIACION AL TEATRO CLASICO ESPAÑOL, *J. A. García Barquero*.

Correspondencia y pedidos:

LA VISPA. San Mateo, 30. 28004 MADRID.
Teléf. 419 00 34

Distribuidores de Colección LA AVISPA

Barcelona:

Liberia Millá
Carrer de Sant Pau, 21
Teléf. 318 62 36

Madrid y provincia:

Mahidisa
C/ Virgen de las Viñas, 14.
Urb. Santa Eugenia
Teléf. 203 72 51.
28031 Madrid.

TODAS LAS PUBLICACIONES QUE USTED NECESITE DE TEATRO, ANTIGUAS O MODERNAS, PIDALAS A LIBRERIA LA AVISPA. SAN MATEO, NUM. 30, MADRID. Tel. 419 00 34.

REPARTIDORES DISCIPLINADOS
SEMINARIO MULTIDISCIPLINADO
A. J. GONZALEZ
COMUNIDAD DE RIGOR
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS